



Los que predicán la abstinencia y los que la practican.

¡HOSANNA!

(Todo es júbilo hoy la gran Toledo)

No me adulo al decir que tenía yo recto derecho á no morir sin ver lo que estoy viendo; este resurgir del espíritu anticlerical que tantas maravillas realizó durante los dos primeros tercios del siglo pasado en favor de la libertad y la cultura de España.

Y tenía ese derecho, porque me he pasado lo mejor de mi vida luchando contra la ceguera de los unos, la estulticia de los otros, la hipocresía de los más, para hacerles comprender que el progreso no tenía más que un enemigo, el clericalismo, frase que lancé mucho antes que la hiciera tan célebre Gambetta.

Tantos y tantos años tronando contra el clericalismo, sin encontrar mi voz eco apenas, censurado hasta por mis correligionarios, y zaherido, injuriado y calumniado por los que viven de aparentar que son católicos, y verme ahora tan bien y tan numerosamente acompañado! Mienten los que dicen que pueden matar la alegría, cuando estoy vivo. Porque fácilmente habrá experimentado hombre alguno satisfacciones mayores que las disfrutadas por mí estos días.

—Mándeme usted trescientos folletos más!, me dice uno que dos días antes recibió ochocientos.—Vengan dos mil *Hojitas piadosas*, para repartirlas en el mitin que el domingo celebrarán los clericales en Reus contra las escuelas laicas!—Y mil para Segovia!—Y otras mil para Tarragona!—Y dos mil para Córdoba!—Y así para cien partes más!

—¿Cuándo vienen los folletos que le he pedido de *La vuelta de Cristo*?—Se recibieron los veinte de *La lujuria del clero*; mándeme usted doscientos más á vuelta de correo.—Un telegrama que llega:—En vez de los cien folletos que le pedí, envíeme cuatrocientos.—Vengan otras quinientas *Hojitas*.

—No he recibido aún las doscientas cartulinas de D. José crucificado. Remítamelas cuanto antes.—¿No me ha mandado usted la caricatura de la crucifixión por no haberle enviado el importe? Ahí van treinta pesetas.

Y un día recibo cuarenta y tantas cartulinas por el estilo. Y otro cincuenta y tantas. Y no hay tiempo material para contestar:—Se está haciendo nueva edición.—Se han acabado las cien mil *Hojitas* que en dos veces se tiraron.—Cuando estén se le enviarán las cartulinas.—Se le servirá mañana.

Y entre contestar cartas de disculpa y cerrar paquetes de folletos y de *Hojitas*, y de cartulinas, y de libros á bajo precio, se ha pasado aquí una semanita que y, ya. Esto, sin contar con el servicio constante de suscripciones nuevas á EL MOTIN. Todo lo que no es esto, anda ahora abandonado en esta administración, á pesar de haberse aumentado el personal.

Y yo, claro está, encantadísimo, y repitiendo á cada instante con el poeta Zorrilla al volver de su excursión á América.

«Si hoy no me mata el placer, no debo nunca morir!»

Porque esto, después de tantos años de indiferencia, de abandono, de esfuerzo sin resultado, de indignación constante al contemplar tanta cobardía; años en que EL MOTIN había llegado á resonar en los españoles oídos como representación, compendio y síntesis de todo lo abominable, lo execrable, lo espantable; en que su título solamente producía el efecto que el *Mane, Tehzel, Phares* en los mil príncipes sentados al banquete de Baltasar; en que el leerlo era algo así como alimentarse de víboras, beatas, sapos, frailes, culebras, jesuitas y otros animales inmundos; y como beber petróleo, refalgar, ó azafetida; esto, repito, es más halagador para mí y me llena de más orgullo que sentiría Jordano Bruno si resucitara y contemplase su estatua alzándose frente al Vaticano, en el mismo sitio donde la Iglesia lo quemó.

Llega á tal grado mi contento, que me siento tentado á veces de cometer una herejía contra mis convicciones anticlericales, exclamando:

«Oh tú, Providencia en que no creo, entre otras razones por no confundirme con los idiotas que te aceptan; gracias te doy por...»

Afortunadamente aquí me atasco, y la alabanza se desvanece en una sonrisa entre irónica y regocijada.

.....

¿Que por qué hablo de todo esto?

Por dar una satisfacción á los veteranos lectores de EL MOTIN; aquellos que permanecieron á mi lado cuando tantos de mí se apartaban; los que nunca dudaron ni retrocedieron; los que, exponiéndose á disgustos y contrariedades sin cuento, confesaron públicamente su anticlericalismo; los que resistieron valerosamente años y años, sin ocurrírseles ni por un instante capitular, las formidables acometidas de la patulea reaccionaria, reclutada en las nauseabundas sacristías y en los edificios monásticos donde toda inmoralidad tiene su asiento.

Si ellos, mis lectores, no fueran quienes son, y como son, merecería la pena de que yo pensara en crear una condecoración, que podría titularse de *El Mérito Infernal*, para concedérsela libre de gastos, á fin de que se la colocasen en el ojal de la americana, y tuvieran el gusto de ver que todas las personas honradas y decentes, (es decir, las no clericales), se descubrieran con admiración y respeto ante ellos, cual hacían los italianos ante los que llevaban el distintivo de los *Mil de Marsala*; que gloria tan grande es la de haberse atrevido á leer constantemente EL MOTIN, como la de haber acompañado á Garibaldi en su heroica expedición.....

.....

Volviendo á hablar de mi contento, diré que no reconozco por causa de ven-

der muchos números de EL MOTIN, muchos folletos, muchos libros ni muchas cartulinas, no; la ganancia, bien mirado, es pequeña, dado el exiguo precio puesto á todo. La causa principal, es la significación que esto tiene, lo que revela, lo que grita.

Porque revela y grita, que ha resucitado potente la opinión anticlerical, imponiéndose al temor que la dominaba; que hay ansia de oponer propaganda á propaganda; de responder á las provocaciones; de aceptar la lucha en todos los terrenos; en suma, que están los decentes cansados de soportar insolencias, sufrir amenazas, devorar insultos, y se aprestan á devolver golpe por golpe. Y para demostrarlo, les dicen cara á cara á los clericales por mi boca:

«El ser anticlerical significa lo contrario de lo que vosotros propaláis; significa convicción, honradez, buen sentido, patriotismo; todo lo que á vosotros os falta; lo que nunca tuvisteis; lo que jamás tendréis.

En vez de desdorar, ennoblece; de humillar, eleva; de deprimir, dignifica... No es anatema, es gloria; y llegará pronto el día en que decir, «soy anticlerical», eclipse por lo honroso al *cives romanus sum*, porque á los anticlericales se deberá la salvación de España.

Y basta por hoy.

JOSÉ NAKENS

Caricatura célebre

Lo es ya la que publiqué en EL MOTIN del 24 de Marzo último.

¡Pero qué mal les ha sentado á los clericales el que yo aparezca en ella como ellos quisieran verme: crucificado! Las necedades venenosas que publican en sus periódicos demuestran su rabia.

En cambio ¡cuánto les ha gustado á los que leen EL MOTIN! He tirado doce mil ejemplares en cartulina, y creo que tendré que repetir la suerte. Se conoce que todos quieren tenerla de ese modo, para colocarla en un marco sin tener que descabalar la colección.

Un amigo me escribe desde el Ferrol: «Mándeme usted cuantas quiera y una dedicada á mi nombre. La colocaré á la cabecera de mi cama.»

La ocurrencia me ha hecho gracia, como me ha impresionado vivamente la de un niño de nueve años de edad en Malpartida, hijo del suscriptor Eleuterio Tomé Barrado, que al verme crucificado en EL MOTIN, se indigna, tira de tijera y le da una puñalada (dos, mejor dicho) al Longinos episcopal que me suelta la lanzada, exclamando: «¡Cómolo! ¡A D. José!...» Su padre me ha enviado la hoja talarada para que la vea.

Aquí, si yo fuera aficionado á símbolos, exclama ya: «Ese niño apuñalando al que me alancea, significa que la generación próxima acabará con lo que yo combato.» Pero como no lo soy, me contento con regocijarme al ver que

poco á poco vamos unos cuantos españoles trayendo este pueblo al buen camino, apartándole de religiones embrutecedoras, fanáticas, explotadoras y crueles, y preparándole así para que entre de lleno en el de la civilización, la cultura y el amor á la humanidad.

Clericales hidrofobos

Un papel clerical de Orense ¡arre! aco-merió furioso á un honrado industrial, querido amigo mío, que repartía ejemplares de la *Hoja piadosa* núm. 1, publicada por El Motin y titulada *Abajo las escuelas laicas!*, terminando de este modo su necio escrito:

«Damos la voz de alerta á los señores sacerdotes de dentro y fuera de la capital, así como á todas las personas que estimen en algo la religión de sus mayores, para que tome nota de la implísima hoja á que nos referimos y continúen absteniéndose de hacer compras á comerciantes, que valiéndose de su oficio, propagan los escritos que las sociedades secretas ponen en sus pecadoras uñas.»

Como para los clericales todo es cuestión de ochavos, lo primero que hacen siempre es atacar al bolsillo del que no piensa como ellos. Ojo con eso, pezuños de Orense, porque ya se ha dado el caso de condenar los tribunales á uno de los vuestros por aconsejar que no se surtiesen los vecinos de una tienda determinada.

Lo de las sociedades secretas me ha hecho mucha gracia. Juro en Dios y en mi ánima que no pertenezco á ninguna de esas que los clericales forman á lo mejor para estuprar niñas, ó niños si viene á pelo.

Cuando digo que van á arrepentirse de habernos dado el ejemplo de la publicación de *Hojitas*...

Y si no, al tiempo.

El Iscariote triunfante

Decididamente hemos llegado á los tiempos apocalípticos, ó sea al fin del mundo.

Dos de aquellas señales proféticas (y no se rían nuestros lectores de las profecías, pues la ciencia comienza á tomarlas en serio), son la apostasía universal de la Iglesia y la conversión de los judíos. La apostasía parece un hecho de clavo pasado; el Papado grande, como los de menor cuantía, gasta tiara como Caifás, manto como Pilatos, corona como Herodes y bolsa como Judas. Tiene palacios como Calígula, despótiza como Nerón, se irrita como Ati a, habla de guerras como Barba-Azul, banquetea como Baltasar, legisla como Juliano el apóstata, es pretencioso como Mardoqueo, bebe como Baco, se afeita como Venus de guardarropía, habla como un Nazareno, pesca como madame Humbert, truena como Marte, hace forjar armas como Mercurio, se hace

llamar inspirado como Minerva, y tiene dos caras, una para los pobres y otra para los ricos, como Janó. ¿Dónde está Cristo? En el *Inri*, como marca de fábrica falsa. Para colmo de pruebas, dicen que el Apocalipsis dice que las mujeres antes del fin del mundo estarán siete años sin parir. Advuértase que el mundo de cuyo fin se habla, es el cristiano-católico. Y en efecto: las mujeres católicas no paren ni á tiros; antes reventan. No paren las monjas, ni las amas de cura, no paren las Hijas de María, ni las teresianas, ni las terciarias, ni las recaderas y criadas de esas gentes. Donde aparece una empresa católica, allí está prohibido á las mujeres parir; verbigracia, las telefonistas españolas. El Dios católico premia, como una gran virtud en el cielo, á las mujeres que no paren en la tierra; las casadas paren... de vez en cuando, por fuerza, por arte del diablo, que se les mete en el cuerpo; pero como si no parieran, pues paren... ¡frailles, monjas, cardenales, monagos ó congregantes! En la aristocracia se ha puesto de moda el no parir; para ello se casan los hombres con hombres y las mujeres con mujeres, y parece que el remedio es eficaz. Los maridos, en caso de apuro, encargan la comisión á las criadas y doncellas, que, por no tener alma racional, se prestan á todo oficio. Por ahí se había de acabar en parte el *mundo-católico*. Otra señal menuda era la que vió San Vicente, á saber: que en los últimos tiempos las mujeres vestirán de hombre y los hombres de mujer; ya está. Desde el Papa al sacristán, todo el *sexo* masculino católico viste faldas; en cambio, las mujeres llevan pantalones. Más claro ni el agua.

Faltaba la conversión de los judíos. Las judías están algo reacias; pero los judíos es un hecho. ¡Claro! cuando los cristianos se han hecho judíos conservando el nombre de cristianos, seguir llamándose judío sería hacerse cristiano, y para poder ser judíos no tienen más camino que hacerse católicos. He aquí las pruebas:

Monsieur Alfred Loevy, de cincuenta y siete años de edad, israelita, soltero, director de la Compañía de ferrocarriles de Madrid á Cáceres y Portugal, vino hace unos veinte años á España en unión del célebre Bunau Varila, con quien anduvo liado en los famosos contratos de construcción del Canal de Panamá.

Cuando Bunau Varila vendió, hace pocos años, al marqués de Comillas y al de Urquijo las referidas líneas férreas, quedó el israelita Loevy de director de las mismas.

Ahora, recientemente, bajo la presión de sus dos beatos superiores, y ante el temor de caer en desgracia con ellos y perder su puesto, ha hecho solemne profesión de fe católica en la Iglesia de San Luis de los Franceses, siendo padrinos de tan *madurito* neófito, el clerical director de la Compañía de Tranvías de Madrid, Sr. Paquet y su esposa.

Hace un año que el israelita Mr. Nathan Süß tuvo que dimitir su cargo de director de la Compañía de Madrid á Zaragoza y Alicante, por *incompatibilidad de creencias religiosas* con el católico marqués de Urquijo, que impera en aquella Empresa. Ahora se susurra como *inminente* la conversión al catolicismo de ¡Mr. Gustavo Bauer!

Por lo visto, estos judíos opinan como Enrique IV de Francia, que sus pingües cargos *bien va en una m s i*.

Lo dicho; eso de la Iglesia está con la unción. Cristo se ha huido; los Cafases, los Herodes y los A óstoles le han dejado con la boca abierta á El para repartirse la Bolsa de Judas.

El dinero va á ser la perdición de ellos.

Los terremotos están rondando á Roma. El cometa Halley, si cae, de fijo que da sobre la cúpula de San Pedro.

Y á poco que Dios se descuidé, no llegará á tiempo. Lo de Inglaterra se pone mal; lo de los Estados Unidos huele á cuerno quemado; lo de Francia, á punto de caramelo; las garantías italianas se tambalean; y en España, si no lo arreglan Canalejas ni los republicanos, lo *arreglará* El Motin... sin motines.

Seminaristas en huelga

Sí, amados creyentes y queridos hermanos del Antecristo cristiano, enemigos del Cristo anticristiano; esta es la grata nueva que os debemos dar esta semana. El Espíritu Santo del cielo, desde que lo declaró cesante el emperador austriaco en el último cónclave papal, poniendo su veto á la elección del cardenal Rampolla, no da señales de vida en lo de llamar jóvenes al sacerdocio, ni mujeres que valgan la pena al convento. La pobre Iglesia tiene que surtirse del desecho: lo que el diablo no quiere.

El artículo que vamos á copiar habla sólo de Francia; pero la huelga celest al es general en el mundo. Y eso que El Motin no ha emprendido todavía su campaña para ayudar á bien morir á la Santa Madre Iglesia, que está liando el petate. R lámanse los lectores con la explicación del fenómeno; dice así:

«En el Congreso diocesano que se celebró recientemente en París se consignó ya la escasez de sacerdotes para el culto católico. Hoy el obispo de Ca-casóna renueva esta manifestación en una pastoral que consagra á este asunto.

Nos faltan—dice el prelado—pastores, misioneros y doctores. Aun en las parroquias no podemos llenar las vacantes que cada día ocasionan las enfermedades y la muerte.

«A las 56 iglesias—añade—que están regularmente unidas á iglesias matrices, debemos añadir 50 parroquias vacantes, de las cuales unas están servidas el domingo por los curas de las parroquias vecinas. En otras, por razón de los caminos ó por el mal estado de salud de los párrocos vecinos, no se celebra el Santo Sacrificio ni aún este santo día

En algunas regiones nos hemos visto obligados á confiar á un sólo sacerdote tres iglesias; y en dos lugares ha sido preciso constituir una agrupación de varios curas con la misión de servir todas las parroquias próximas, régimen que seguramente se impondrá todavía en varias partes de la diócesis.

Esta crisis no reviste caracteres de ser pasajera. El obispo lo dice así:

«En honor á la verdad, es necesario decirlo todo. Nuestro gran seminario, aparte de los estudiantes que están en el ejército, no cuenta más de 28 seminaristas. Durante el año 1909 sólo pudieron ser ordenados nueve sacerdotes. De éstos, cuatro solamente han podido ser destinados al ministerio parroquial.»

Monsieur de Beansejour atribuye ésta «penuria de sacerdotes» á «la aplicación» de las tristes leyes que desde hace veinte años tienen por fin descristianizar Francia; leyes que hacen cada día más difícil la formación eclesiástica.

Atribuye también este estado á la opinión pública. «La sotana del cura—dice con tristeza el obispo—es un traje de otra época y ya no se lleva.»

«Hay muchas familias—dice—que no quieren darnos sus hijos para la Iglesia. Penetrad á través de nuestras ciudades y aldeas, en los salones de las clases elevadas, en el taller del artesano y en la cabaña del labrador, y escuchad lo que se piensa y lo que se dice sobre la gran cuestión que perseguimos. No es ello favorable á la formación de sacerdotes.

«¿Qué hacer? Busquemos cerca de las madres cristianas, en el catecismo, en las escuelas prebiteriales, en los patronatos, en las asociaciones católicas.»

En tal sentido se dirige el prelado á los sacerdotes y en especial á los jóvenes.

«Perteneceis—les dice—en la mayor parte á las más distinguidas familias, los más cristianos. Sabed que entre todas las carreras que ambicionáis, hay una que excede á todas las demás por el ideal que ofrece, por el fin que persigue, por la dicha que promete, á pesar de los sacrificios que impone. ¿Es preciso decir más para seducir un corazón de diez y seis años?»

Igual preocupación se observa en las pastorales de otros prelados, como los de Mans y Vannes. Este último se indigna en especial contra el espectáculo «de un gran número de católicos que atacan á sus jefes en el momento en que éstos se encuentran vencidos y moribundos.»

Los vicarios capitulares de Meaux han trazado de la situación del sacerdote y de sus miserias un cuadro emocionante. Pintan al cura de aldea como «un insignificante personaje reducido á la indigencia por la injusticia de las leyes humanas, revestido de su casulla raída y perdido en la soledad de su iglesia, desconocido y sospechoso, casi siempre sin amigos y sin relaciones.»

«¿Qué soledad—añaden—á su alrededor y á veces qué desconfianzas y qué odios! ¿Qué de dificultades para reunir, á fuerza de bondad, algunos niños que se sacrifican en hacer cristianos, y que llegados apenas á los doce años, le abandonan cuando no le insultan!»

Esperamos del gobierno demócrata anticlerical y otras hierbas, que nos dé las

estadísticas de España para echar las cuentas de casa.

A cada puerco...

La Voz de Valencia delata, (¡qué asqueroso, pero qué clerical es esto!) al alcalde de Gandía, porque ha permitido repartir la primera *Hojita piadosa*, editada por EL MOTIN.

¿Pero creían los chupacirios y lamevinajeras que iban á estar toda la vida injuriándonos y calumniándonos en sus *Hojitas*, sin que nadie les respondiera en la misma forma, aunque con más cultura, más verdad, más lógica, más talento y más gracia?

Ya verán, ya verán esos marranos que les ha lleg do su San Martín en esto de las *Hojitas*.

Van á morderse los puños de rabia.

Mas ¿qué he dicho, cielo santo?

Los puños, no; las pezuñas.

Con que vayan preparándose cristianamente á morir de tiquinosis fulminante.

Memorias de un jesuíta

Una plancha

Solía yo faltar alguna vez al espíritu y regla de la Compañía visitando á mi madre y tomando parte en la tertulia vetusta y honrada que por la noche hacía las delicias de aquella casa donde yo naciera. Jugábase á las *siete y media* y hablábase de todo, pero especialmente de religión, para obsequiarme.

Se hacían siempre grandes elogios de la Compañía de Jesús, se ponía sabiamente que yo había obrado visitando los santos hábitos religiosos; se agotaban los epítetos de alabanza para mis sermones, que por aquel entonces eran dos ó tres diarios, y, en fin, formábase un coro femenino de loores y adulaciones á mi persona.

Una sola nota discordante solía haber, y era la que daba mi madre. Parece increíble y, sin embargo, es cierto. Mi madre, ni se entusiasmaba con la Compañía, ni creía en mi fervor religioso, y aun a guisa vez dirigíame frases que á finos alfilerazos se parecían.

Alguna vez, y cuando con mayor entusiasmo hablaba yo de mis piadosos auditorios, ella exclamó:—«¿No tienen nada que hacer esas señoras en su casa, que se pasan la vida de iglesia en iglesia?»

Una noche llegué á la tertulia rebozando ternura y satisfacción.—«La duquesa de...—dije—ha regalado á la Compañía el palacio de la calle de Isabel la Católica.»

—Y mientras tanto—contestó con gran ímpetu una señora que allí estaba y era esposa del administrador del Hospital general—, deja que un sobrino suyo carnal esté en el Hospital falto de todo recurso y de todo consuelo.

La ira me cegó, y levantando la voz,

sin respeto á mi madre ni miramiento á la educación, grité:—Eso es mentira. Esas son calumnias ó infamias de gentes que debieran estar en presidio.

Púsose en pie mi madre, y brillándole los ojos por la fuerza de la indignación, prorrumpió en estas ó parecidas frases:—Considera que estás entre señoras y no entre *beatas*; porque si no te reportas, aunque tengas más corona que un plato, te hago salir de esta casa por el balcón.

—La cosa no es para tanto; siento haber sido causa de este disgusto—dijo la señora por mí ofendida.

—Lo que has de hacer, si eres un caballero, es ir mañana al Hospital y enterarte de lo que haya sobre el particular, y así podrás, ó con finura poner la verdad en su lugar, ó convencerte de que no es oro todo lo que reluce en achaques de virtud y caridad.

—Así lo haré, y estoy segurísimo, tan seguro como de que existo, de que el nombre de la duquesa ha de quedar más limpio que el sol.

Despedíme con alguna sequedad de aquellas señoras, y apenas amaneció tomé el camino de Santa Isabel: entré en el edificio que fundara el rey prudente; requerí el departamento de las hermanas de la Caridad, busqué á la superiora, y ya en su presencia, le dije:

—Aunque es inútil la pregunta, pues sé que se trata de una calumnia infame, ¿en este Hospital está un sobrino de la duquesa de...?

Tardó la hermana superiora algún tanto en contestarme, y al fin y como haciéndose violencia, dijo:

—Ef ectivamente, hay aquí un sobrino de la duquesa.

—Será porque ella no lo sabe.

—Le hemos escrito varias cartas, que ha llevado una hermana, y ni siquiera ha contestado.

—El chico será algún perdido.

—Es un joven buenísimo y cristiano.

Hubo un momento de silencio, que yo rompí despidiéndome, y tomé á paso acelerado el camino de la residencia.

Iba sumido en un mar de confusiones. «¿Qué es esto? Esa señora, que no hace más que lo que le dicen los padres, ¿come una maldad como la de negar una limosna al que es casi su hijo? ¿Qué estamos haciendo, procurar la gloria de Dios ó acaparar fortunas y testamentos?»

Llegué á casa y á nadie manifesté lo que pasaba; pero veía acercarse la noche con verdadero terror.

Subí la escalera de casa de mi madre como sube el reo la de la horca. Entré en la sala; estaban todas las señoras que la noche anterior presenciaran mis desplantes.

—¿Qué hay de aquello?—preguntó mi madre.

—Que es verdad todo lo que dijo esta señora.

Confieso que no abusó nadie de la victoria sobre mí. Solamente mi madre se permitió decir:

—Conviene que vayas conociendo á vuestras santas.

GIL BLAS DE SANTILLANA

Buen camino

El día 2 del corriente hubo en Tobarra otro entierro civil. El cadáver del

niño Diego, hijo del obrero Joaquín Catalán Flores, tuvo el honor de ser conducido al cementerio sin curas, pero acompañado de infinidad de amigos y correligionarios de su padre.

Como éstos socorrieron también al obrero, dicen los clericales que los anticlericales compran los muertos. Lo que se callan, es que no trafican con ellos, como los curas.

El que ha recibido un fracaso como profeta ha sido el párroco. Cuando se celebró el primer entierro, dijo que sería el primero y el último, y éste es ya el tercero.

Sólo con esto, con que hubiera en todos los pueblos hombres de sentido común, y valientes además, como en Tobarra, la influencia del clericalismo acabaría en breve.

No cobrando nada por casamientos, bautizos y entierros, el hambre obligaría a los curas a convertirse en personas y buscarse la vida en cualquier ocupación útil y decente.

Hagamos, pues, cuanto esté en nuestra mano para redimirlos.

PARA REIR

Valdés, obispo de Salamanca, dió el otro día la comunión a los reclusos de aquella cárcel y, por añadidura, les endilgó una plática del tenor siguiente:

«Queridísimos reclusos: El que no coma de mi carne ni beba de mi sangre...»

Aquí me permito una interrupción. La carne y la sangre no eran de su ilustrísima sino de Jesucristo; hasta hoy, los prelados se guardan muy bien de tanta generosidad.

«...No tendrá vida.»

Protestan contra esa afirmación todos los millones de anticatólicos que hay en el mundo.

«Si vosotros pensárais esto, ahora que os vais a acercar a la sagrada mesa, ya haríais la verdadera vida, que es la espiritual.»

Con la material episcopal se hubieran dado por muy satisfechos los presos. En las cárceles de España, la alimentación hace, de sobra, espirituados.

«Estais privados de libertad (¿quién se lo cuenta su ilustrísima?), y todos cuantos sacrificios os pidieran por recobrarla os parecerían pequeños.»

No lo sabe su ilustrísima bien; los presos están más enterados. Eso es hablar a convencidos.

«Pensad que la libertad vale menos que la vida (Perogrullo), y que la vida la da Jesús (con permiso é intervención de nuestros respectivos padres), en sus infinitas ansias por el amor de los hombres.»

Y ahora pregunto yo:

¿Cuántos miles de duros paga el Estado español a su ilustrísima por decir tales simplezas?

Pero he aquí el final de la plática del Sr. obispo, y va de cuento:

«En una ciudad de Inglaterra (el hecho ha acaecido recientemente) un niño protestante fué a misa con unos amigos suyos, que eran católicos.

El sacerdote hablaba al pueblo de la

presencia real de Cristo en la Eucaristía.

Impresionado el niño por lo que oía, esperó a que la gente se marchara, y cuando quedó solo, cogió una silla, se encaramó en ella, y llamando con la mano en la puerta del sagrario, preguntó: Jesús, ¿estás ahí? Repitió la pregunta y oyó una voz que le dijo: Sí, aquí estoy.»

(La del sacristán, ¿qué duda cabe!) «Si vosotros le preguntáis sinceramente, oiréis la misma contestación.»

Si siempre hay sacristanes dispuestos a realizar estas supercherías. Y apuesto cualquier cosa a que, si me dejan soltar un tiro donde suena la voz, un sacristán, o un cura sale con la calabaza inútil para la siembra por haberle estropeado la simiente.

Con obispos como el de Salamanca, huelgan todos los reformadores del sistema penitenciario; los reclusos estarán en su prisión muy a gusto, muriéndose de hambre y de los porrazos que les administren los carceleros galoneados.

FIRMAS A TENAZÓN

Cómo recaban los clericales firmas para protestar contra las escuelas laicas.

El menor de edad Antonio Bai e Giso fué a la iglesia de Ribarroja de Ebro, y le hizo el cura poner su nombre y firma en una hoja y el nombre y firma de otro chico llamado Ramón Castellví, que no sabía escribir.

¡Y anden la far a, la mentira, el timo! ¡Y vivan la religión, las protuberancias periódicas del ama y las monedas de los cepillos de las ánimas!

¡Y el redimido por Cristo que no tenga que comer, que reviente de una indigestión de hambre!

¡Y alza piliiii!

San José y D. Dalmacio

Yo se lo tengo dicho muchas veces a un cura barbián y descreído a quien trato: «Cuando usted se anime, emprendemos el negocio milagrero; la explotación del santo ó la reliquia ó la ermita; usted da la cara y yo dirijo anónimamente el retablo. Nos hacemos ricos, amigo mío.» Pero el buen cura, con un gesto de asco, me dice: «Para eso hay que ser fraile ó monja. A nosotros los curas, como no nos metan en una iglesia donde haya un santo que ya milagree, no nos hace caso nadie. Ahí tiene usted las hormiguitas de los pobres ó monjas de San José de la Montaña, aquí en Barcelona...»

Y me entregó unos Boletines con cubiertas amarillas que publican las tales hermanitas para ponerse en comunicación con los *primos* que les llenan la andorga y propagar la devoción al milagroso teurgo San José.

Yo no he ido a ver todavía el suntuoso edificio que habilitan, dedicado al «virginal esposo de la madre de Dios», como reza el órgano quinquenal, bendecido por Su Santidad y autorizado por el Prelado Diocesano. Es un órgano en regla. Mas me basta ver el órgano para

evitarme echar un vistazo a la fábrica de prodigios.

El procedimiento para obtener una merced sobrenatural del «virginal esposo», no puede ser más expedito: se le escribe una carta, como si se tratase de un mortal cualquiera, de un alcalde constitucional ó un diputado de la mayoría, por ejemplo. Lo lógico sería enviarle la carta al cielo, ¿verdad? Pues no, señor; como la carta encierra, a más de la petición, el donativo (ó compra de la gracia) en sellos ó letra del Giro, ha de ir dirigida al Santuario, donde las monjas abren las cartas y desvalijan bonitamente al «virginal esposo de la madre de Dios» en provecho propio.

Cada boletín trae una lista numerosa de «Correspondencias», y por ella se ve que las aprovechadas hormiguitas recogen limosnas de toda España y parte de América, donde aún quedan incautos. Las poblaciones que figuran con más donativos son: Habana, Cienfuegos, Cardenas, Santa Clara, San José de Costa Rica, México; y en España, Bilbao Orihuela, Málaga, San Sebastián y, sobre todo, pueblos pequeños é incultos.

Un detalle: Barcelona figura poquísimo: en proporción insignificante. Hay que advertir que los donativos, aunque son muchos, son mezzquinos, de una mezzquindad que deata al sórdido católico, ecologista y calculador. Además, muchos envían la carta a San José pidiendo el milagro y ofreciendo el dinero, que no envían hasta obtenido. Por ejemplo, la señora M. R. de Alicante, ofrece 50 céntimos si mejora de su enfermedad un hijo suyo. Esta buena señora evalúa la vida y la salud de su hijo en media peseta. Hay que confesar que la Iglesia ofrece gracias y mercedes a cualquier precio; la cuestión es sacar dinero de todo bicho viviente.

Veamos algunos de los favores alcanzados por la intercesión del «Señor San José de la Montaña»:

¡Ay! No puede ser. Doy un vistazo a la sección correspondiente y leo tan infantiles y necias concesiones a precios reducidos, que se me quita el humor de continuar y prefiero enviar los boletines a D. José Nakens para que los conozca y por si le parece bien ponerlos en solfa.

No terminaré sin contribuir, modestamente, a la ansiada popularidad de uno de los *vocales* más entusiastas de San José de la Montaña.

Estos vocales son unos señores neos que mangonean en lo del milagro, ellos sabrán con qué cuenta y razón. Por lo visto el santuario tiene su negociado regular para mayor gloria de Dios y sus apóstoles.

Pues bien, este señor vocal, no es ni más ni menos que el conocido delator de la Defensa Social, D. Dalmacio Iglesias y García, abogado sin pleitos, escribiente de Hacienda, yerno del carlista Erasmo Janer y subdirector de un diccionario enciclopédico en publicación, que adolece (por la tal subdirección) de un criterio reaccionario, arcáico y furiosamente antiliberal, en el que se ve a la legua la torpe mano del delator majadero de la Defensa Social, su crasa ignorancia y su torcida interpretación de las vidas insignes. Y donde se ve mejor la oreja jesuítica (palmo y medio) del simio D. Dalmacio, es en las biografías de infinidad de curas, monjas, frailes,

obispos, santos y carcas que está metiendo de mogollón y á fuerza de maza, dando grima ver una publicación tan hermosa en manos tan viles, movida por un cerebro tan huero, negado y repugnante.

Pero como D. Dalmacio Iglesias y García quiere notoriedad, sea como sea, y la busca por todos los medios, ya nos irá dando ocasión con sus majaderías para hacerle pasar á la «posteridad», como dijo el otro.

Y el lector razonará: ¿Pero tales entes forman esas *Defensas Sociales*, cuyo poder reaccionario llega momento en que paraliza de súbito el progreso de toda una nación?

No, lector mío. Estos Dalmacios son á manera de arietes ó pelotas que los jesuitones de dentro arrojan contra la libertad. Más bien pelotas que arietes; y es conveniente darles de vez en cuando una buena bolea para que se vea que no son más que eso: pelotas de trapos viejos.

En cuanto al armazón, funcionamiento y contenido de las tales *Defensas Sociales*, bástenos por ahora con anotar, cada cual en la medida de nuestras fuerzas, sus efectos perniciosos, que tuvieron su período expansivo durante el gobierno del execrado Maura.

J. CABALLERO DE LA VEGA
Barcelona, Abril 1910.

ASOCIACIÓN DEL MAGISTERIO PRIVADO DE VALENCIA

Con ese nombre se ha creado, una en Valencia con domicilio en la calle de E. Bou, núm. 12, de profesoras y profesores de primera enseñanza privada, con el exclusivo objeto de fomentar y defender los intereses de la clase en general y de los asociados en particular.

Los medios que deban emplearse para conseguir los fines propuestos, dentro del más escrupuloso respeto á las leyes, quedan confiados á la iniciativa y noble emulación de los asociados.

Si en cada capital de provincia hubiese un hombre de la cultura, el tal y to y la voluntad del iniciador de esa idea, pronto el magisterio español ocuparía el puesto honroso que le corresponde, dejando de ser la víctima propiciatoria de la gente negra.

De y la noticia de esa publicación, por si de algún punto de España quieren pedir á la de Valencia datos é informes para fundar otras parecidas.

Ir por lana...

Marchaba la mano aún por las piedras y ladrillos que hemos tenido que utilizar como base de proyectiles para repeler la agresión que con armas de fuego y blancas se nos determinó por un verdadero ejército tradicionalista, tomo la pluma para detallar á usted el asunto, que es el acontecimiento del día.

Ya preveníamos algo de lo ocurrido,

pero no creíamos que fuera tanto, toda vez que, aunque nos habían anunciado públicamente la provocación que iban á hacernos, no se la dió toda la veracidad que ha tenido.

Desde há tiempo tenfan los tradicionalistas anunciado un mitin, banquete y procesión, ésta á bandera desplegada con aquéllas que aún conservan de la anterior guerra carlista, lo cual habría de celebrarse en esta villa, cuna de las libertades castellanas.

El ser el partido republicano y socialista de cierto número determinado, creían que para mayor esplendor esto les favorecía en extremo, y pensaban entrar aquí como en país ya conquistado, para lo cual contaban con un gran alar de fuerzas (que no bajaban de tres mil personas), venidas de Bilbao, Burgos, León, Palencia, Valladolid, Salamanca, Zamora y sus pueblos, y efectivamente, lo primero, tal como lo anunciaron, han pretendido hacerlo, á despecho de las órdenes de la autoridad local gubernativa, presentándose en nutrida manifestación, con banderas y sus correspondientes bofnas, en actitud provocadora al pueblo y dando vivas prohibidos, como el de viva el ejército carlista y otros análogos, á los que el pueblo, excitado, contestaba con vivas á la libertad y al ejército nacional.

En esta situación los ánimos, salen dos disparos de las filas tradicionalistas (y aquí os quiero ver, ladrillos y piedras); el pueblo liberal, republicano y socialista se apresó al ataque, protestando enérgicamente de aquella conducta provocativa haciéndolo en forma tal, que nadie podría figurárselo, con nobleza, prudencia, valentía inaudita, aunque sin armas, pero sí con pulmones y algunas piedras.

No está en nosotros alardear de la alegría que nos embarga al ver correr entre ellos á los frailes y curas; pero sí tenemos la satisfacción de haber cumplido como ciudadanos honrados.

Nuestras intenciones y gestiones fueron siempre de paz; pero sea por esta causa ó por la del papelito insultante que han repartido, las masas vinieron á las manos al objeto de recoger banderas y bofnas, y en medio de aquella confusión sonaron, con gran aplauso de los invasores, los toques de atención de la Guardia civil, puesta en línea para resguardar las filas provocadoras y cara al pueblo. Esta actitud nos anunciaba una próxima hecatombe, la que con gran aplauso nuestro y las acertadas disposiciones del señor alcalde se ha evitado, á cuya autoridad el pueblo medinense, en reunión previa, le ha dado un voto de gracias.

Ellos tenían de antemano recomendado á sus comensales (según declaración de los iniciadores), que al venir á ésta lo hiciesen preparados de un rosario en la mano y un revólver en el bolsillo, como así ha ocurrido, aunque para poco les ha valido. ¡Qué lástima de un cacheco á tiempo y se hubiera evitado esto!

En vista de estos sucesos y otros que aún están desconocidos públicamente, el pueblo liberal, republicano y socialista ha acordado organizarse en forma para defenderse de esta clase de ataques, por si algún día tienen pensado volver á esta (que se duda mucho, en vista del escarmiento que hoy han llevado).

Ha habido heridos y contusos; pero se desconoce el número, porque, desorientados, han desfilado para sus pueblos como alma que lleva el diablo.

En nombre de los liberales verdad, republicanos y socialistas, le ruego la inserción de estas líneas en su batallador periódico, y dándole las gracias por ello, quedo suyo afectísimo admirador y correligionario.

EULOGIO PALOMAR

Medina del Campo, 23 Marzo 1910.

Querer es poder

Me preguntan de tres pueblos cómo se las arregiarán para tener cementerio civil.

¿Cómo? Queriendo tenerlo. Llenando los trámites que la ley ordena, y obrando con la energía que ha obrado el alcalde de Onís, D. Francisco José Alvarez.

Se empenó en que su pueblo lo tuviera, y no descansó hasta salirse con la suya.

Querer es poder.

Cultura y libertad

La cultura y la libertad, son dos términos de co-relación tan íntima y estrecha, que no se concibe la existencia de la una sin la propia existencia de la otra. La mayor cultura de un pueblo, engendra, en efecto, por sí misma, el mayor grado de libertad, así como la cultura exige para su desenvolvimiento amplios horizontes donde poder volar el pensamiento con entera libertad. Y son tan íntimos y estrechos los vínculos que relacionan estos dos términos (cultura y libertad), que aún en los períodos de mayor opresión y esclavitud, los hombres más cultos é ilustres ados son los que han gozado de mayor relativa libertad. La aristocracia del pensamiento ha gozado siempre de ciertos dones y privilegios inabordable por el hombre inculto é ignorante.

«Bajo el pomposo manto de la antigüedad—ha dicho hablando de Grecia el insigne historiador Cesar Cantú—se escondía la horrible llaga de la esclavitud.» Y ¿sabéis quiénes eran los esclavos? Eran *hombres* á quienes la ley no daba la categoría de *personas*; eran hombres á quienes se dedicaba á los oficios más bastos y pesados, sin que se les permitiera elevarse lo más mínimo del bajo nivel intelectual en que se hallaban. La sociedad, dividida en castas, no permitía á los esclavos ascender de su clase ínfima á otra superior.

¿Cuántas luchas y sacudidas han sido necesarias para pasar del estado de esclavitud al de la libertad!

Consagrada la igualdad de los derechos del hombre, proclamado el principio de que «todos los hombres, al nacer, son libres é iguales ante la ley», la cultura, hermana inseparable de la li-

bertad, ya deja de ser hoy el manjar exquisito que se reservaba solamente para ciertas clases privilegiadas; hoy está, ó debe estar, como el aire y luz, al alcance de todo el mundo.

La mayor parte de los hombres no podían ver antiguamente los secretos y maravillas que encerraba el magno edificio de la ciencia, cuyas ventanas estaban muy altas; pero hoy, la piqueta demolidora de las grandes revoluciones ha abierto, en el brillante palacio, espaciosos ventanales, ha bajado estas aberturas al nivel del más humilde, y todos los humanos podemos ya asomarnos y recibir en la frente el beso sublime de la luz del saber que fecunda la vida.

PEDRO LOPERENA

Preguntas y respuestas

¿Que los curas de Calatorao insultan a los liberales?—Como los de todas partes.

¿Que los que sólo hablan de Dios no dan utilidad al prójimo?—Pero la sacan ellos.

¿Que en la escuela dominical que han creído para las jóvenes, dan clase los cuatro curas que viven a costa del vecindario? Ojo con esto, no sea que el dedicado a la aritmética se entusiasme demasiado con la operación de multiplicar. De menos nos hizo Dios.

¿Y los milagros?

Una de las cosas que los beatos tienen por falta de religiosidad en esta época, es ese cúmulo inacabable de robos en las iglesias que continuamente viene registrando la prensa, pues raro es el día en que no se da cuenta de alguno de ellos.

Los benditos tiempos que tanto echan de menos los buenos católicos, en que los más feroces bandidos llevaban pendiente del cuello la imagen de alguna virgen milagrosa para que les sirviera de intercesora cerca de la Providencia, poniéndoles a cubierto de los peligros a que les exponía su arriesgada profesión, han pasado para no volver jamás.

Aquellos piadosísimos José María, Diego Corrientes, Caparrota y demás celebridades del bandolerismo, que invertían el tiempo en las ásperas y quebradas montañas de Sierra Morena oyendo pláticas religiosas y desbalijando al indefenso caminante sin meterse nunca en las iglesias, se han trocado en esta época de impiedad en ruines rateros que aprovechan astutamente la penumbra y soledad de los templos para robar las alhajas que en ellos se custodian, y limpiar, si se halla á mano, hasta el cepillo de las ánimas benditas.

Pero los robos tan frecuentes en las iglesias no son, como dicen los beatos, una señal que demuestre que la falta de religiosidad de esta época sea mayor

que en las anteriores. Siempre ha habido ladrones, y siempre éstos han ejercido su industria.

Los robos de las iglesias demuestran sencillamente que los ladrones roban donde hay qué robar. Lo extraño en esta clase de robos, es que nunca son habidos los ladrones.

Las gentes religiosas, cada vez que ocurre esto, se desatan en improperios contra la época actual, echan la culpa á la impiedad, censuran y condenan las ideas modernas, y no se cuidan de estudiar detenidamente el asunto, para hallar el verdadero motivo por el cual quedan en la impunidad los robos que llaman sacrilegios.

Estos, por las especiales circunstancias en que se realizan y por el misterio en que quedan, prueban que no son ladrones comunes los que los llevan á cabo.

Esta clase de ladrones, por lo regular, siempre dejan algún rastro, por el cual suelen ser habidos, y en los robos de iglesias jamás lo son ni dejan huella que pueda seguir la justicia.

Convendría, pues, que los que se dedican á anatematizar las ideas liberales y la falta de religiosidad cada vez que ocurre un caso de estos, emplearan el tiempo en estudiar el cómo, cuándo y por qué se roban las iglesias, y quizá sin salir de ellas podrían conjeturar algo acerca de quiénes son los autores del desbalijamiento de alhajas y ornamentos sagrados.

Por otra parte, eso demuestra en los católicos tibieza ó duda en las creencias; ó se tiene fe ó no se tiene.

Sobre todo hay un argumento que no puede tener vuelta de hoja para ningún buen creyente. Y es éste:

Cuando los santos titulares de las iglesias robadas permiten la impunidad, no operando un milagro, que tan fácil les sería realizar, para que los cacos sean habidos, es seguramente porque no quieren descubrirlos.

Generalmente, y por decoro de la familia, los delitos domésticos no salen de casa.

J. G.

Religión y estrategia

Se dan obispos y aun arzobispos.

El de Toledo dirigió en nombre de todo el episcopado español una carta al arzobispo de Reims, felicitándole por su actitud belicosa en el asunto de las escuelas, y le ha contestado éste con una epístola furibunda que puede arder en un candil.

Da por hecho que los enemigos de la Iglesia desencadenarán en todas las naciones católicas una tempestad contra la religión (¡ojalá tenga el don de profecía!), y dice en términos militares que Francia es el primer regimiento entrado en batalla. Deben seguirle los demás, porque la derrota de un batallón puede comprometer la suerte de todo el ejér-

cito y la derrota sería de fatales consecuencias para «todo el mundo».

Con que ya lo sabéis, ciudadanos! Y por vuestra parte, clérigos, ¡las armas! ¡Formad los batallones! Vuestro enemigo, los liberales, y vuestro general, el arzobispo de Reims, cristianamente os excita á la pelea.

¡Regimientos, batallones, combates, batallas, ejércitos, derrotas!... Evangélico lenguaje... Expresiones á Jesucristo.

¿Civilizamos á Marruecos?

Preguntaba Joaquín Costa en cierta ocasión: «¿Quién vigila á los vigilantes?» Y á nosotros, con motivo de los pujos civilizadores de España en Marruecos se nos ocurre preguntar: ¿quién civiliza á España?

Porque lo que ocurre en la cárcel de Barcelona, que seguramente será lo que ocurre en todas las cárceles de España, produciría una gran indignación, si es que en este país de Arbués y Torquemada pudiéramos ya insignarnos por algo.

Las infamias que en dicha cárcel se cometen con los presos rebasan los límites de cuanto pudiera suponerse. Todo es allí permitido, y por las más leves faltas se apalea brutalmente y se imponen castigos que seguramente ya están en desuso en los dominios del tirano ruso.

Desde las columnas de este periódico y de las de la prensa burguesa se ha llamado varias veces la atención de las autoridades, y especialmente del presidente de la Audiencia, para que en la cárcel de Barcelona no se impongan esos castigos tan terribles que deshonran á la sociedad que los consiente; pero todo ha sido inútil, pues á cada queja se redoblaban los castigos. Pero ¿qué de extraño tiene que no hagan efecto las lamentaciones de la prensa, si las que recibe directa y personalmente el presidente de la Audiencia dan resultado contraproducente?

Decimos esto, porque un abogado que estaba preso en el mes de Diciembre último y en la visita general de cárceles produjo una queja, fué encerrado á los pocos instantes en una celda de castigo.

Claro está que imponiendo el pánico entre los presos, éstos no se atreven á quejarse, y quedan en el silencio el gran número de suicidios que se llevan á cabo por no poder soportar el régimen inquisitorial de la cárcel y los barbaros castigos que se imponen.

Si se publicara una nota *verdad* de los individuos que se han suicidado en las celdas, produciría horror.

Ya saben que si alguna vez sale de la cárcel alguna gaceta oficial, desfigura los hechos de tal forma, que nosotros sabemos de un desgraciado que se arrojó desde el primer piso de la quinta galería porque había perdido la razón á consecuencia de la paliza que le propinó un empleado, y la prensa burguesa dijo que era uno de los procesados por los sucesos de Julio, dando á entender que intentó suicidarse por temor al delito cometido. Ni una cosa ni otra eran ciertas.

Para que no se diga que exageramos, publicamos á continuación un documento que por sí solo dará una idea de lo que es ese establecimiento regido por hombres de sentimientos tan pequeños y secundados por otros que á su ignorancia unen la brutalidad, que bastará para que se comprendan los sufrimientos á que están sometidos los que ingresan en aquel antro y que muchas veces resultan inocentes del delito porque fueron detenidos.

Y tengan presente nuestros lectores que estos castigos se imponen tan sólo por pequeñas faltas.

Dice así el documento:

Prisión Celular de Barcelona.—Vistos los partes dados, y de acuerdo con la Junta Correccional, he dispuesto que los reclusos Luis García (554) y Jorge Barceló (510) permanezcan en celdas de castigo tres meses y queden privados de rancho por tres días y de cama por diez, y si sufriendo el castigo impuesto cometen la más leve falta, se les volverá á privar de ración por otros tres días, imponiéndoles igual castigo cada vez que cometan nueva falta.—Barcelona, 24 de Febrero de 1910.—El Director, Cefirino Ródenas.—Rubricado.

Y para que se vea que los castigos los imponen con justicia, diremos que á estos dos individuos les fué levantado el castigo después de varios días porque se comprobó que eran inocentes de la leve falta que se les atribuía.

Un más es el que existe tal régimen penitenciario y que á los funcionarios del Estado no se les exigen siquiera las más elementales nociones de humanidad, está incapacitado para civilizar á Marruecos, y se expone á que al poner al R. F. bajo sus dominios, vengan los rifeños alocados por la experiencia, á decirnos que ellos eran en su país los eternos rebeldes por no querer soportar el régimen que aún existe aquí.

En realidad, España no está en condiciones de civilizar á nadie. Recordamos que también pretendía retener bajo su dominio la Isla de Cuba á título de civilizadora, y en aquel país los trabajadores estaban más civilizados que en España, pues mientras aquí la mayoría eran analfabetos, allí su ilustración llegaba al extremo de pagarse ellos mismos lectores que mientras trabajaban les leían libros y periódicos.

Para civilizar otros países es necesario ostentar, de hecho, el título de nación civilizada, y los hechos que en este artículo exponemos no acreditan á España de tal. De los procedimientos que se emplean en la cárcel de Barcelona á los que se emplean en Marruecos sólo existe la diferencia de lugar.

A ese artículo, que copio del semanario barcelonés *Tierra y Libertad*, sólo debo poner este comentario:

Rogar al Director de Prisiones, señor Navarro Reverter, que vaya á Barcelona, para confirmarse más y más en la idea que ya apuntó en Cartagena, de disolver el Cuerpo.

Todos los horrores que en el Penal de Cartagena vió, y todos los que ver pueda en todos, incluso en la Colonia de Ceuta, resultarán hasta actos humanitarios, si se les compara con lo que ocurre en la cárcel de Barcelona, que es lo mismo que ha ocurrido en todos los penales donde ese Ródenas ha estado.

Y crea lo siguiente: aunque en su paso por la Dirección esta segunda vez no hiciera más que separar para siempre del cuerpo á ese sujeto, quedaría esculpido su nombre en el pecho de todos los amantes de que la ley se cumpla y la justicia se realice.

Porque ese sujeto representa cual ningún otro el espíritu de crueldad sistemática y fría que hace tantas víctimas en nuestras cárceles y presidios, y que nos deshonorá á los ojos del mundo civilizado. Por eso fué tan atendido y mimado durante el mando de aquella nulidad barbuda llamada Rendueles.

Vaya usted á Barcelona, Sr. Navarro Reverter, y no necesitará, para conocer bien al aludido, más que fijarse en las personas que lo defienden y protegen: los despreciables delatores de la Defensa Social.

Tal para cuales.

Felicitación

Un tal Juan Inclán, de oficio cura, y que vive sobre Infiesto, violento de carácter, brusco é irascible como casi todos los de su clase, llevó á los tribunales á D. José Iglesias y D.^a Aurora Albor, su esposa, á pretexto de que lo habían insultado, y todo para satisfacer resentimientos que con ellos tenía.

La prueba textifical fué tan abrumadora para él, y la defensa de Alvaro de Albornoz tan notabilísima, que los acusados salieron absueltos en el juicio oral, y el *parroquidermo* quedó ante la opinión imparcial y sensata como quien es.

Y ad más con las dos bofetadas que doña Aurora le propinó allá por Junio de 1905, cuando se burló de ella al preguntarle por qué había abofeteado á un hijo suyo de cinco años.

Excuso añadir, que siento un regocijo inmenso al dar tan simpática noticia, y que felicito á los procesados, al defensor, á los jurados y á todos los concurrentes al juicio oral que tuvieron la suerte de ver por los suelos la respetabilidad de aquel ministro del Señor tan falsario como vengativo.

¡Y venga de ahí!

Las santas reliquias

Citaremos algunas reliquias de las más famosas para hacer ver á dónde llega la credulidad religiosa y la impostura que abusa de ella.

A no ser por el diluvio tendríamos reliquias de Adán y de Eva; como el diluvio lo borró todo, no ha sido posible pasar más allá de Noé; se han exhibido pedazos del arca que construyó para salvar al género humano.

En el siglo xi la vara de Moisés atraía á Sens gran número de devotos; venían de Italia y hasta de las islas británicas. Los cuernos de Moisés, traídos del Si-

naí por un sacerdote de Génova y la barba de Aarón rivalizaban con aquellas reliquias de la antigua ley. Pero las reliquias de la Virgen y de Jesucristo eclipsaban, como era justo, las maravillas de los patriarcas.

En primer lugar tenemos una de las plumas del ángel Gabriel, que se quedó en la habitación de la Virgen María cuando fué á anunciarle el nacimiento de Jesús. En un frasco se conserva leche de la Virgen; se conservan también los pañales con que envolvía á su hijo en Egipto.

El santo heno, es decir, el heno que había en el pesebre en que fué colocado el niño Jesús, hacía grandes milagros en Lorena. Se nos olvidaba la vela que se encendió cuando nació.

Para no salir del terreno material, citaremos además la coa de asno en que montó Nuestro Señor; el estércol del asno ha pasado á la posteridad.

Tenemos reliquias más respetables: un diente que nuestro Señor Jesucristo perdió á la edad de nueve años, su ombligo y su prepucio.

Se han conservado las cosas más imposibles de recoger y conservar; mostrábase en una caja, pero cuidando mucho de no abrirla, aliento de Jesucristo, conservado cuidadosamente por su madre desde la niñez.

¿Se preguntará cómo habían llegado estas santas reliquias á manos de los que comerciaban con ellas? Las leyendas que prueban la autenticidad de las reliquias son tan curiosas como las reliquias mismas.

F. LAURENT

Duendes en danza

En una casa de Ayerbe aparecieron unos duendes, que pedían nada menos que 125 para que les dijeran unas misas. Los capitaneaba una tal Tomasa, muerta hará unos tres ó cuatro años.

En cuanto les dijeron las misas (¿quién sería el primo que las pagó?) desaparecieron los duendes como por encanto.

El cura que, sabiendo que eso de los duendes es mentira, cobra el importe de las misas que celebra para ahuyentarlos, ¿cómo lo calificaré?

Si fuera seglar, le llamaría... ¡qué sé yo! Puede que me corriese hasta llamarle estafador.

INFANTICIDIO

¿En que ha quedado aquello de si en la casa del cura de Riglos hubo ó no un niño suprimido al nacer? ¿Qué ha averiguado el Juzgado de Jaca?

Cada vez que leo una noticia de ésta, siento escalofríos, y pienso en los millones de criaturas que habrán desaparecido de igual modo desde que la Iglesia impuso el celibato á los clérigos.

Esto sólo bastaría para proscribirla y anatematizarla.

Cuestiones candentes

El Deber

El Deber moral y el Deber religioso

I.—La creencia y la voluntad en la conciencia.

Digamos, ante todo, que hay sentidos externos y sentidos internos; sentidos de las impresiones que inmergen en nosotros por vía de la sensibilidad externa, sentidos de las emociones experimentadas dentro de nosotros á causa de las impresiones inmergentes, y sentidos de las actitudes que tomamos sobre las emociones, sobre las impresiones y sobre las causas que las producen. Esta actitud es la *reacción* del yo sobre las impresiones recibidas; en cuanto al conocimiento, se llama «creencia»; en cuanto á la afectividad, llámase «voluntad». Esta actitud que tomamos sobre cada cosa conocida, y el conjunto de ellas parecen constituir la individualización de nuestra personalidad y su afirmación.

En el orden psíquico esta personalidad se constituye «por lo que creemos, que forma nuestra mentalidad, y por lo que queremos, que forma nuestra voluntad». Pero ni esta voluntad es un cristal de facetas regulares y constantes, ni la *mentalidad* es un libro de ideas claras y definidas; antes bien, en ésta reina la nebulosidad y la duda, y en aquélla la vacilación y rectificación continuas. No es de este lugar estudiar cómo se transforma la sensación en idea, la sensación é idea en actos reflejos involuntarios ó en voliciones, y la volición interna en movimiento externo.

Baste decir que aquella *actitud y el conjunto de ellas*, comprende lo que de las cosas creemos y queremos y lo que queremos y creemos de las relaciones de nosotros con ellas; es decir, la personalidad en este punto es la *relación consciente* que creemos que el Universo tiene con nosotros, y que nosotros tenemos con el Universo y con cada una de las influencias conocidas y de nuestras facultades sobre ellas. Esta *conciencia* puede ser acertada ó equivocada á juicio de otros; ante nosotros es siempre *instantáneamente* acertada, al creer, al dudar, al querer, al odiar, al decidir, al vacilar y al rectificar.

II.—¿Qué son la creencia y la voluntad?

Como se ve, cada uno de estos conceptos es síntesis de largos procesos fisiológicos y psíquicos. Al decir *creo esto de esto*, en esta afirmación de creencia resumimos todo lo que se nos ha hecho sentir, todo lo que hemos pensado y discurrecido de aquello en toda nuestra vida *consciente*. Al decir *quiero esto*, resumimos todas las experiencias y cálculos formados sobre el provecho ó daño de aquello que creemos.

III.—El bien, como objeto de la Razón ó de la voluntad.

El concepto «*Deber*», que no he visto analizado en parte alguna, expresa en el común hablar de todos una *relación de nuestra actividad exigida por la Razón con preterición de nuestra voluntad*. En este concepto se nota desde luego una confusión de ideas, porque precisamente la *Razón* es también de por sí un *acto* y una facultad querida, á saber: *queremos ser razonables*. Por tanto, ese «*Deber*» es algo *querido y voluntario con prioridad y permanencia*.

La *Razón*, por su parte, no puede querer ni inducir á querer más que al *Bien*. Aquí encontraremos la distinción entre el *Bien* objeto del *Deber* y el *Bien* objeto del *Querer*. Si nos fijamos en ello, observaremos que la *Razón* (1) busca el *Bien general y total* en el *Espacio* y en el *Tiempo*, tal como el individuo los cree; es decir, busca el mayor *Bien global* de la existencia del sujeto en el conjunto de sus relaciones con el Universo. La *Voluntad*, en el común modo de hablar, harto confuso, significa, con respecto á nuestro asunto, el *Bien particular del momento*, llámese provecho, placer ó de otro modo.

IV.—El apetito de la Razón y el de la Voluntad.—¿Qué es el Deber?

Pero vimos en el artículo anterior que el *Bien* y el *Mal* se transforman con el *Tiempo*; que *lo bueno ahora* resulta *malo más tarde*, y que esto lo llevan ya muy experimentado la conciencia del individuo y la conciencia de la sociedad. De aquí que un *acto placentero hoy*, pasa á ser mañana una causa de dolor. El glotón paga luego con la indigestión dolorosa el *placer* de la glotonería anterior. El derrochador encuentra convertido en miseria deprimente el *placer* del derroche; y así muchos actos gratos en el momento de la ejecución son ingratos después de ella. Y viceversa: algunos actos dolorosos en el momento se hacen deliciosos después.

A medida que la ciencia avanza, va extendiéndose el conocimiento de estas *transformaciones* de las cosas de bien en mal, de placer en dolor, de vida en muerte y de muerte en vida.

El conocimiento moral de una cosa está en saber ver y sentir en ella simultánea, discreta y sintético-diferencialmente, en la forma que expusimos en el otro artículo, el bien y el mal de todos los efectos que con el tiempo ha de producirnos aquella cosa al relacionarse con nosotros.

Saber *sentir todo su bien y todo su mal* es conocerla complementemente en lo moral. Y como quiera que el *sentido ético* tiende por economía instintiva á extraer el bien de las cosas y á evitar el mal,

(1) Hablamos de *Razón* y *Voluntad* en el sentido convencional que el vulgo y las escuelas filosóficas dan á tales palabras, y no porque sean locuciones exactamente descriptivas de los actos y facultades del alma.

mal, resulta que la llamada *Razón moral* es la voluntad y amor de ese bien, total-diferencial de las cosas. Mas, como por otra parte, existe la *voluntad instantánea* de todo placer y bien particular, de ahí la *contradicción también instantánea* entre el bien momentáneo particular y el bien general.

Y ahí aparece clara, á mi juicio, la noción del «*Deber*», que creo puede definirse «el impulso instintivo que nos lleva á imponernos un sacrificio momentáneo inmediato (sea privación de placer ó aceptación de dolor) producido por la sensación íntima que tenemos de un mayor bien lejano ó futuro, derivado de nuestro sacrificio presente».

V.—El Deber religioso.

No obra por otra especulación el llamado «*deber religioso*», que, en puridad, pone en *usura del ciento por uno*, según frase evangélica, el dolor de esta vida por el placer de la creída vida futura. Esta parece haber sido la base fundamental de la excelsa moral de Confucio.

VI.—El Deber es progresivo.

He aquí reducido á su *unidad* el principio moral, tanto filosófico como religioso. El «*Deber*» viene á ser la *voluntad perenne y universal*, llamada también *voluntad racional*; y de aquí es que cuanto mejor conocidas sean las cosas en sus transformaciones con relación al hombre, mejor y más acertado es este sentido del *Deber*; y como á diario la ciencia va descubriendo nuevos secretos y energías en el Universo influyendo en el ser humano; de ahí que á diario se extiende el conocimiento del *Deber*.

VII.—Cultivo del Sentido del Deber.

El cultivo de este sentido, maravilloso en sí, viene á confirmar esta doctrina. Valiéndonos de los sentidos asociadores de ideas, el padre y el maestro procuran en los niños *hacer sentir* en los objetos tentadores el *mal* futuro resultante de ceder á la tentación, y viceversa: en los objetos y actos dolorosos, hácenles *sentir* su futura utilidad, en lo cual estriba en gran parte el secreto de la educación teórica. Las predicaciones y propagandas todas, enderezadas á mover la actividad humana, explotan este arte, á veces artificio. Uno de los pasajes en que mejor se dibuja este arte, es el de San Agustín: «No quieras ver la parte que llevas en el azote, sino el premio que te espera» (1).

VIII.—Utilitarismo religioso.

El analizador podrá observar un fenómeno curioso de la moral religiosa:

—¿Por qué debemos hacer esto?—
Porque Dios lo manda—responden.—
¿Y por qué debemos obedecer á Dios?—
Por la cuenta que nos tiene, es decir,

(1) «Quod pateris medicina est, non poenae castigatio. Noli repellere flagellum, si non vis repelli ab hereditate. Noli attendere quam poenam habeas in flagello, sed quem locum in testamento.»

para cobrar el ciento por uno del premio y para evitar el castigo.

He aquí reducido al mismo principio económico la moral religiosa: si no debiéramos por instinto buscar nuestro mayor bien, no se debería obedecer á Dios. De modo que el amor propio es la razón suprema del amor religioso y causa del amor debido á Dios.

Por más que los teólogos traten de disimular y velar el, según ellos, sincero origen del amor religioso, al fin y á la postre vienen á parar á esto: el origen supremo de la moral divina es el instinto humano, como el de toda otra moral cualquiera menos jacarandosa y menos hueca.

IX.—El Deber según la Ciencia y el Deber según la Religión.

¿En qué se distingue, pues, el deber moral religioso del deber moral científico? Por razón del origen vemos que es el mismo: el instinto del mayor bien, y por razón del fin, es también el mismo: el bien máximo. La diferencia se halla en el concepto de ese Bien y en los medios de conseguirlo.

La religión afirma inmodestamente poseer el concepto fijo y cierto de ese Bien y de esos medios; eso afirma creer ella; fundándose en hechos indemostrables para ella misma. Los hechos son la prueba indemostrable de su creencia, y pretende que su creencia sea la prueba convincente para los demás. Pero, ¿es cierto que ella cree lo que dice? ¿Podemos tener seguridad de que realmente lo crea? En este punto, las obras demuestran las palabras, y en materias de crítica religiosa, en este punto, tenemos esta regla de Cristo: «operibus credite», creed las obras. Si el clero CREYERE, practicaría; si no practica, es que NO CREE. Y siendo su creencia la base de la fe popular, esta fe es falsa, por descansar sobre una base falsa.

X.—Falsa base de la Moral religiosa.

La fe popular descansa sobre la presunción ó hipótesis de la fe del clero; esta fe del clero descansa sobre la contradicción de sus obras y sobre la hipótesis de los hechos eclesiásticos, que son una serie de hipótesis históricas y metafísicas, todas ellas indemostrables. Su moral particular es, pues, hipótesis de hipótesis; es hipotético el concepto del Bien máximo y el de los medios para conseguirlo.

¿Qué diremos de la moralidad de sus deberes peculiares? En la misma Moral teológica hallaremos los principios críticos para resolver esta cuestión. Ella dice primeramente que el hombre no es libre de creer, sino que está obligado á creer lo que se debe creer; á buscar honradamente la verdad y á aceptarla cuando sin prejuicio se le manifiesta. Siendo la doctrina religiosa esencialmente hipotética, sólo como tal puede honradamente ser aceptada. Toda otra aceptación es prejuicio immoral, fanatismo ó impulsividad ciega. Es la gran in-

moralidad: «creo lo que quiero». De esta raíz immoral sólo pueden brotar frutos inmorales, según la misma Escólastica católica enseña.

Tratan, pues, de un Bien y de unos Medios hipotéticos, que tienen entre sí, en el modo de definirlos las iglesias, no sólo los reparos de las ciencias particulares, sino la contradicción de las obras del clero.

Y aquí se debe aplicar otro principio de crítica teológica. «No se debe causar un mal seguro por un Bien inseguro», esto es, no debe tolerarse la imposición de un mal cierto en la vida presente, por causa de un bien inseguro en la presunta vida futura. Por lo tanto, todo aquello que la ciencia va descubriendo en las morales religiosas como malo y nocivo para el bien de esta vida, resulta radicalmente immoral, y su predicación pasa á ser un acto criminal.

S. PEY ORDEIX

¡Que me lo traigan!

Gran chasco se llevaron los católicos de Riudecols que acudieron el día de Jueves Santo á la iglesia para oír hablar de la Pasión de Cristo. El cura sólo se preocupó de maldecir la libertad y el laicismo.

Este párroco en miniatura (tiene la estatua de un perro faldero sentado, con cara de beata), es un estuche para todas las cominerías clericales; en el acto de recabar firmas hasta de los fetos para que no se abrieran las escuelas laicas, hizo prodigios. A una pobre familia que se negó á firmar, le exigió airadamente el pago de unas pesetas que le adeudaba.

¡Que me traigan á ese cura! Quiero verlo cerca, para recomendarle que procure crecer en estatura y virtudes é insularle de paso.

Ningún cura en ejercicio es mi prójimo.

En descenso

El redactor-jefe de *El Correo Español* y catedrático del Seminario, en un artículo «Procedimientos sin eficacia», autorizado con su firma, ha dicho:

«La parte del pueblo que nos es hostil (á los católicos), no decrece, sino que aumenta. No sirve para él ni el púlpito, ni nuestras revistas y periódicos, ni nuestras Congregaciones piadosas, ni nuestras Asociaciones benéficas, porque no suele ir al templo; hace la cruz á nuestras publicaciones, en cuanto conoce su procedencia; desprecia las Congregaciones y odia la limosna, como degradante, y á los limosneros. La mentalidad del pueblo ha evolucionado. ¿Cómo llegar á ese pueblo que siente por el catolicismo y por la Iglesia odios tan insensatos, prevenciones tan grotescas y tan fría indiferencia?»

De ninguna otra manera, que por la nobleza, el desinterés y el sacrificio.

Y como el clericalismo es la negación

de todo eso, cada día el pueblo español se apartará más de él.

Que se convengan todos: el clericalismo va ya cuesta abajo: desde la caída de Maura comenzó el descenso.

Empujémosle los honrados (anticlericales) para que aumente la velocidad en el descenso, y lo veremos pronto en tierra.

DE EXTREMADURA

¡Hasta los liberales!!

He aquí el recorte que me remite de Cáceres un amigo y verdadero radical:

“Anuncio importante

Habiendo coincidido este año la festividad de la Anunciación de la Santísima Virgen con la de Viernes Santo, se ha trasladado aquella, por disposición pontificia, al lunes 4 de Abril.

Es, por tanto, dicho día 4 fiesta de guardar, y hay obligación de oír misa y abstenerse de ejecutar obras serviles. —Ramón, Obispo de Coria.—Sagrada Congregación de Ritos.—Decreto de 25 de Abril de 1895.»

Como ven mis lectores, hasta la prensa liberal hace propaganda á los sucios clericales.

Pero no es extraño. En Cáceres, y más en la redacción del periódico liberal donde se inserta el anuncio, están muy acostumbrados á hacer á dos papeles, aunque el director se los ha echado siempre de republicano.

F. G.

A los amantes de la instrucción

Entre diez trabajadores fundaron el año pasado en San Vicente del Raspeig un colegio de niños, poniendo al frente al libre pensador José Sanjuán Juan, director que ha sido por espacio de tres años consecutivos del colegio laico de Crevillento, el cual fundó en unión del difunto notario de aquella villa, D. Ignacio Pastor Quesada, y que á pesar de las terribles luchas fomentadas por los reaccionarios, que en todas partes son lo mismo, llegaron á concurrir á las clases noventa y tres alumnos, que demostraron en poco tiempo sus grandes adelantos, igual que se ha visto en casi la totalidad de los niños que concurrían al colegio fundado en esta población; un gran número de ellos aprendieron en seis meses á leer en el libro y en el periódico, á escribir en las pizarras cantidades de seis guarismos, las cuales analizaban, y á especificar los números abstractos, concretos, homogéneos, heterogéneos, etc. etc., cosa que causó verdadera admiración á cuantas personas presenciaron los exámenes públicos celebrados en el mes de Junio del pasado año.

Cuando mayor era el entusiasmo de los diez obreros sanvicentinos que tantos sacrificios hicieron por crear dicho centro de enseñanza, cuando el número

de alumnos aumentaba considerablemente y el director Sr. Sanjuán empezaba á obtener á costa de tan penoso trabajo un jornal modesto, pero capaz para atender las necesidades de su familia, ocurrieron los sucesos de Barcelona, y á raíz de ellos se ordenó injustamente por el gobierno mauro-ciervo-jesuitico-monte jerezano, la clausura del colegio, quedando 72 alumnos sin su estimada escuela, y la familia del señor Sanjuán viviendo á expensas de las personas y entidades que quisieron contribuir á una suscripción voluntaria abierta por los mismos obreros fundadores del colegio, para que no muriesen de hambre sus hijos.

Con la resignación propia del hombre convencido, sufrió este señor todas las vicisitudes que sobre él se acumulaban, vendiendo y empeñando lo poco que tenía; y á pesar de los muchos sufrimientos físicos y morales, jamás salió de sus labios la más insignificante queja.

Estos diez obreros quisieran tener nuevamente un colegio de niños, montado como requieren los modernos adelantos pedagógicos; pero son tan pobres y tienen hechos tantos sacrificios, que por hoy les es imposible conseguir lo que tanto anhelan.

Para que los niños puedan aprender, se necesita material de enseñanza, del cual carecen; y en vista de que no pueden adquirirlo, recurren por medio de la prensa liberal, á todos los hombres de sentimientos altruistas y á las colectividades obreras, republicanas y librepensadoras que quieran contribuir con su óbolo á la creación del colegio y de una biblioteca, cosa fácil de conseguir si los amantes de la instrucción quieren y les prestan su ayuda.

A la gran tarea hay que hacerle frente con la justicia; para que España sea verdaderamente un pueblo digno de figurar en el concierto instructivo de las naciones progresivas, es preciso que se funden más escuelas y que se pongan al frente de ellas maestros activos; hoy se empieza por una, á ésta siguen otras, y poco á poco se van estableciendo hasta en las aldeas más insignificantes. Un céntimo de peseta diaria por cada obrero que ame la instrucción y piense en el porvenir de nuestro país, no significa gran sacrificio, y, sin embargo, podría producir excelentes resultados positivos, invirtiendo en la enseñanza de esos niños, que son la esperanza de la regeneración de España.

Si nuestros antepasados se hubieran dedicado á instruirlos, otra sería hoy la suerte de nuestro país. No lo hicieron y por ese motivo estamos tan mal; y mientras no procuremos educar á los hombres del porvenir, no esperemos nada bueno.

Trabajemos para que nuestros descendientes sean más afortunados que nosotros; fundemos escuelas donde los niños aprendan á conocer sus derechos y deberes; hagamos hombres para el porvenir y cumpliremos un deber sagrado. Este el verdadero amor hacia el prójimo.

Los diez obreros de San Vicente de Raspeig (Alicante) que fundaron un colegio de niños suprimiendo algunos de ellos el vicio de fumar, necesitan hoy del apoyo material de cuantos amen de veras la instrucción, por cuyo motivo

solicitan de todos el apoyo necesario.

Quien desee contribuir á tan importante obra, puede enviar sus donativos al director del colegio de niños *La Fraternidad*, D. José Sanjuán, calle Mayor, 37, San Vicente del Raspeig (Alicante.)

Los donativos que se reciban, serán publicados en la prensa, para conocimiento y satisfacción de los donantes.

LOS DIEZ OBREROS

San Vicente de Raspeig.

En la iglesia, no

—¡Brutos! ¡Animales! ¡Cobardes!

¿De quién son estos dicterios soeces, del Espíritu Santo ó del predicador que en la iglesia de Acedo los rebuznó encaramando en el púlpito, porque unos jóvenes se reían al oírle?

He aquí el dilema: ó no habla el Espíritu Santo por boca de ganso, ó el Espíritu Santo es capaz de faltar á todas las reglas de cortesía observadas entre personas decentes.

Yo prefiero no creer en ese Espíritu á suponerle falto de buena educación, y me atengo al hecho real de que fué el cura quien cometió tamaña descortesía.

En ese supuesto, apruebo la conducta de los injuriados, que subieron al púlpito para dar la merecida contestación al «preopinante».

Muy bien hizo la Guardia civil deteniendo á todos los alborotadores, incluso al cura; á éste por su destemplanza, y á los otros por haber entrado en el templo.

La estupidez también merece su castigo. ¿A que no me detienen á mí en una iglesia?

Fieras religiosas

Las Circunstancias, de Reus, denuncia un hecho salvaje, ocurrido en las cercanías de Ruidoms.

Varios carlistas, dignos descendientes de aquellos que deshonraron á las hienas en el Norte, han reproducido una escena de las más repugnantes de las guerras civiles, sin otro estímulo ni razón que la perversidad ingénita en la odiosa grey carcunda.

Unos ochenta criminales se opostaron en un camino, armados de palos, sabiendo que iban á pasar por allí varios vecinos al regresar de una fiesta campestre; y cuando los tuvieron á mano y desapercibidos, cayeron sobre ellos como tigres, maltratándolos, echándolos á las acequias, poniéndolos ligaduras y apaleándolos á mansalva, sin compasión.

Causa horror leer los pormenores de esta batida, que es de la misma índole que aquellas narradas en «Los crímenes del Carlismo» y denota un espíritu inquisitorial.

A una mujer llamada Dolores Loyolaberri, embarazada de siete meses, la apalearon, amenazándola constantemente con hacerla expulsar el feto por la boca. Juan Figueras Carreras fué liado en una faja y arrojado por un te-

rraplén. A una joven llamada Angela Mestres Pujol la abofetearon y apedearon inicuaamente. Bautista Margalef fué también lapidado. Una agraciada joven fué arrastrada por los cabellos durante cinco minutos.

El martirio se prolongó más de hora y media, y no habría concluido sin la muerte de las víctimas, á no llegar un grupo de republicanos que ahuyentó á los facinerosos.

Estas son las haces que hay en el fondo del partido carlista, que es el verdadero partido católico apostólico, romano, y salen revueltas á la superficie en cuanto se les presenta una ocasión cualquiera.

Después de treinta y tantos años, estamos como al principio y hay que volver á empezar.

A la fiera le han crecido las uñas y los dientes desde la Restauración. No basta con limárselos; es preciso darle muerte y sepultura definitiva.

El negocio de los cirios

No hay que darle vueltas; allí donde campea un clérigo, monja ó fraile no tardará cinco minutos en aparecer un negocio, una mercancía mística ó una explotación: es cosa probada.

El que lea y examine la legislación eclesiástica, y lo que las decretales, los cánones y concilios dicen respecto al comercio y negociación ejercido por los clérigos y las severas penas establecidas para los que trasgreden estos preceptos, creería que la especulación clerical no existe, y que si existió alguna vez, quedó para siempre pulverizada bajo el peso de tan terribles anatemas. Mas no ha sido así, y Cristo, que látigo en mano expulsó á los mercaderes del templo judío, si quisiera limpiar á la Iglesia de esa gentuza no habría de dar paz á la mano, porque en el santuario católico todo se vende y con todo se trafica, y aquello, mejor que templo y casa de oración, ha venido á ser rico y variado almacén donde cada cosa tiene su precio, desde las aguas del bautismo y las indulgencias, hasta la última frase latina que mascullea el clérigo.

¿Os bautizáis?, pues hay que pagar; ¿os casáis?, ídem; ¿queréis misas?, pues vengan tres pesetas por cada una; ¿os afiliáis á una cofradía devota?, os pasarán una factura todos los meses; ¿queréis poneros un escapulario?, pues hay que comprarlo; ¿mandáis rezar un rosario, salvo ó novena?, en seguida os presentarán un arancel con categorías de primera, segunda y tercera clase, y sus correspondientes precios; ¿no queréis ayunar?, hay que sacar la bula y pagarla; ¿os asusta el fuego del purgatorio?, pues con unas cuantas perras chicas se apaga poco á poco; ¿os morís?, pues si no queréis tener idéntico paradero que un perro, tenéis que pagar bastantes pesetas para que sobre vuestra tumba caiga una bendición y para que no os entierren en un estercolero.

Si os dejan venerar una imagen, os plantan frente á las narices un cepillo; si os dejan besar una reliquia, en seguida os presentan una bandeja para que echéis una limosna; si estáis agraciado á un santo por haber recibido un favor imaginario, debéis demostrar vuestra gratitud aflojando el bolsillo y com-

prándole velas y cirios. Todo, todo se vende en la Iglesia; todo, todo se compra en ella: desde la bendición papal hasta el derecho de sentaros en una silla en el templo si os halláis cansados.

Y esto lo hacen los sacerdotes y discípulos de aquel Jesús que dijo: «Lo que gratis recibisteis, dadlo gratis». Y, en efecto, tan bien practican los clérigos este consejo, que en la Iglesia católica no se hace ni se da una sola cosa *gratuita*, porque lo que no paga el simple fiel lo paga largamente el Estado.

Y no está el mal en que se paguen las cosas, sino que después de pagarlas con lo que es ya vuestro, puesto en manos del cura, comercia con ello y le saca la quinta esencia estrujándolo hasta las heces. Fijémonos en cualquier cosa: en las velas y cirios, por ejemplo.

El Estado pasa á todas las iglesias una respetable cantidad anual para los gastos del culto, en el cual entra englobado el aceite de las lámparas y las velas de los altares; pero desde la habilitación de pagos hasta la caja del párroco, este dichoso dinero pasa por tantas manos, que cuando hay que recurrir á él para atizar las lámparas y reponer las velas, se ha filtrado ya y se lo han llevado los demonios, digo, los que lo mangonean. Recurso en tal caso: acudir á la piedad privada de los fieles. Y por eso veréis en todas las iglesias letreros como éste: «Para alumbrar á Jesús Sacramentado».

La gente lleva cirios y velas, y el párroco ó sacristán los van guardando en un cajón; llega Jueves Santo, el día de los monumentos, y llueven en las sacristías velas y cirios á miles, y los píos servidores del templo cortan de ellas un trozo de un palmo, chamusquean el pábilo, y cuando el devoto vuelve á recoger el resto de su cirio para encenderlo en días de tempestad, le dicen muy serios: «No ha quedado más que este poquito; este año han traído muy pocos cirios, y ha habido que apurarlos todo lo posible». Al día siguiente, ó sea el Viernes Santo, salen de todas las iglesias voluminosos sacos de velas partidas que van á parar á las cererías y son vendidas al peso, sacando de ellas muy buena ganancia el cerero que las compra y el cura que las vende. Pues esta escena pasa invariablemente todos los años por Semana Santa, y nadie que husmee por iglesias y sacristías me dejará mentir.

¿Y qué diremos de los cirios ofrecidos á los santos, ya como voto y promesa, ya como devoción? Pues que casi ninguno de ellos arde y se quema delante de la imagen para que fué dado; van enteritos otra vez á la cerería. Una vela suele haber ardiendo delante de las imágenes acreditadas; entra una beata en la sacristía y pregunta: «¿Han puesto ustedes mi cirio á la Virgen?» «Sí, señora; es ese que está ardiendo.» Entra otra: «¿Y la vela que traje esta mañana?» «Ahora mismo está ardiendo en el altar.» Y si cien personas preguntan, á las cien se contesta lo mismo, y mientras los devotos son así santamente estafados, los pilletes del santuario se desternillan de risa.

Algunos curas llevan más adelante todavía su procacidad. Ponen una cerería por su cuenta, como el cura de la Bonanova, de Barcelona, y avisan que no admitirán más velas que las compradas allí (en la tienda del cura), y que

las demás *no sirven* porque no son de cera pura de abejas.

Las gentes de Iglesia, que se tragan camellos por mosquitos, lo creen de buena fe é imaginan que la Virgen y los santos cuando les lleva una vela la miran, manosean y huelen á ver si es de cera pura, y que si así no es dicen: «Esta no me sirve, no me doy por satisfecho.»

El que gana con esto es el cura cerero, que coge las velas con una mano y con la otra las vuelve á los estantes de la tienda, y los cirios van y vuelven que es una bendición desde la iglesia á la tienda, y desde la tienda á la iglesia, sin ser nunca quemados ni encendidos. Hay cirio de estos que ha sido ya vendido más de sesenta veces. ¡Y los devotos tan tranquilos y cándidos!

No hace muchos días que los periódicos refririeron que uno de estos curas mercaderes de cirios y velas dijo desde el púlpito: «La Virgen *no quiere* más velas que las que vendo yo en mi casa, porque son de cera pura. El que traiga otra es como si no, porque á la Virgen no le agradan.»

Estas marrullerías de truchiman se oyen todavía en España en las iglesias, lo cual indica nuestra cultura y progreso.

Y voy á terminar dando un consejo á los compradores de cirios. Dicen los teólogos que todo voto y promesa puede conmutarse en otra cosa mejor; y como la limosna á los pobres es mejor que encender una vela á un santo, que de nada sirve, empleen los devotos los dineros de los cirios en remediar alguna necesidad del prójimo y siquiera harán algo bueno.

Porque *lo otro* es una insigne majadería.

FRAY GERUNDIO

Contestación

Un amigo de Chestre me pregunta si sé algo acerca de la existencia de Dios.

Ni una palabra. Ocupado en trabajar toda mi vida, no he tenido tiempo de meterme en averiguar lo que no me importaba. Además, soy poco amigo de meterme en chismes y cuentos.

Lo único que puedo decirle, es esto que la experiencia me ha enseñado:

Casi todos los que afirman su existencia, ó viven de eso, ó son unos bribones, ó unos imbéciles.

Por lo tanto, creo que ninguna persona de buen sentido debe perder el tiempo en averiguar lo que no hay posibilidad de saber.

¿Que lo hay? Bueno. ¿Que no lo hay? Lo mismo. Esto no quita para que procuremos reventar á los que confiesen su existencia, por los males que causan á los demás.

Amén.

Las dos manos

Son dos manos de un cuerpo que nunca se cruzaron para la plegaria. Tampoco estrecharon jamás las de un

amigo. Pero á veces oprimieron muchas gargantas, produciendo la asfixia y la muerte.

El cuerpo yace en la sombra, y las manos también; no se dejan sentir más que cuando agarrotan un cuello ó empujan, para hacerles caer, á un vacilante ó á un fracasado.

Se mueven en la oscuridad, y desde allí escribe la una fatídicas sentencias, que la otra ejecuta, mientras una boca negra y desdentada, cual la de otra Lacusta, tartamudea horrores y pronuncia terribles anatemas de condenación.

Una mano es negra, la diestra. Ésta es la que escribe, manda y sentencia. La mano zurda, roja y más torpe, es la que ejecuta los mandatos de horror y las sentencias de muerte. Una está manchada de crímenes; otra empapada de sangre: son las dos manos de la reacción.

La mano negra del jesuitismo y la mano roja de *La Camorra*, son los dos indispensables instrumentos del gran cuerpo tumefacto de la reacción que se pudre sin movimiento en la sombra, inmóvil y mudo, como esfinge de horror y decadencia.

¡Desdichado el caminante que se aventure en las tinieblas! Un brazo inflexible le atrae y una mano fría y negra le sujeta; después, otra mano roja y viscosa le mata. Y unos labios protervos y cínicos, que invocan á Dios antes del crimen, sonríen en la penumbra.

Y aquí el cuerpo descompuesto, fermento de todos los odios, de todos los rencores y de todas las impotencias, se revuelca gozoso un momento en su légame, donde reposa muriendo, y sigue en acecho de otro caminante perdido entre las negruras de la silente noche.

..

Y cuenta olvidada historia, que en una fría noche de la Edad Media, noche de eterna recordación para los oprimidos, el sombrío arcediano *Claudio Frolo* decía á un gran rey de Francia con entonación inspirada, indicando un libro y señalando después con un dedo sibilítico á la iglesia de Nuestra Señora: «ESTO MATARÁ AQUELLO.»

La profecía va á cumplirse.

F. MACÍAS AMATA

Voluntad de vivir

«¿Qué vale el alma de mujer, si no hay un alma de madre en su alma?» En este hermoso pensamiento con que Jacinto Benavente termina una de las mejores comedias que ha escrito, está encerrada toda la psicología del alma femenina. Y es que la Naturaleza creó á la mujer para ser madre. La sociedad, que ha pretendido enmendar la plana, sabiendo que las leyes naturales son inmutables, ha desvirtuado el fin santo con que la Naturaleza dignifica á la mujer, y al separarla de su fin, sólo ha conseguido prostituirla con esa organización monstruosa que se llama vida

monástica. Dos grandes equivocaciones ha padecido la Humanidad durante la Edad Media: el monasticismo y el ascetismo. Laïs y Thais son más apreciables que Panucio y demás anacoretas de la santa Tebaida.

Comprendo que esas dos equivocaciones fueron en siglos pasados aberraciones del espíritu, y que hoy son restos de convenciones ismos que en el transcurso de los años han ido labrándose en la mentalidad de la raza humana; ellos, unidos al complicado engranaje de la civilización moderna, determinan la triste situación por que hoy pasan las mujeres, educadas en un medio ficticio, sin un ideal en su alma, sin conocimiento alguno de la vida y sin más fin que el seguir un marido. Nada se les enseña, ni nada aprenden conforme con las exigencias de la vida. Desde niñas las preparan para la coquetería y la conquista del novio; pero no las educan para ser madres de familia ni para que puedan hacer la felicidad de un hombre. Aquí se llama buena educación el que una mujer haga lo que se llama un buen papel en sociedad, aunque no tenga una idea en el cerebro ni un sentimiento generoso en el corazón.

Como los salvajes, nos dejamos deslumbrar por los colores chillones, y cambiamos el marfil de los colmillos de elefante por vidrios multicolores. La distinción es una plaga más que padecen las mujeres, y que ha sido creada por la estupidez de los hombres. Y en estos tiempos que llaman de positivismo, preferimos el oropel del relumbrón social, á la felicidad del hogar honrado.

Los hombres somos tan estúpidos, que todavía no comprendemos que la mayoría de las mujeres se amparan en un sacramento para ejercitar una venta, y cifamos la honradez de la mujer en la virginidad, sin comprender que esas que llamamos buena la entregan con la garantía del matrimonio, y las otras, las que llamamos malas y arrojamos al fango, no hicieron más sino entregarse por amor ó por satisfacer una necesidad fisiológica. Y, sin embargo, dignificamos á las que cobardemente abandonan la vida, y al encerrarse en un convento dejan de cumplir el fin santo para que fueron criadas.

Hay que santificar la maternidad, puesto que, como atributo de la Naturaleza, es legítima, aunque no vaya legalizada por el matrimonio, ya que la sociedad se ha creado una moral ficticia y falsa, que no penetra en la esencia de las cosas: ni distingue lo que es bueno de lo que es malo, y solo vive de convenciones humanas. Todo lo que es natural es inmutable, y todo lo artificial debe caer al imperio de una moral nueva que tenga por base las leyes naturales. La moral de hoy es un velo muy tenue con que encubrimos nuestras faltas, sin conseguir que desaparezcan: los seres continúan con todos sus defectos, y la esencia de las cosas no varía.

Hace veinte siglos que un joven, hijo de un carpintero, con un amplio espíritu de humanidad, al iniciar una revolución político-social en la villa de Judea, trató de dignificar á la mujer, sacándola del fango donde la había arrojado el parasitismo en su período de decadencia. Y más tarde, los llamados continuadores de su obra, pro-tituyeron de tal modo el espíritu del Galileo, que la lle-

varon á la vida monástica; y hasta para los hombres crearon esa monstruosidad del celibato, que corrompe y denigra la Humanidad.

El someter el espíritu á una moral ficticia, monstruosa, que no está conforme con la naturaleza de las cosas, es una cobardía que no debe aceptarse en los tiempos que corren. Sólo cuando la mujer es madre llega á su completo desarrollo cerebral.

Por eso las futuras generaciones, que no tendrán prejuicios y traerán por divisa el amor libre, santificarán á las mujeres que valientemente son creadoras de vida, y llenarán de oprobio á aquellas otras que se refugiaron en un convento y cometieron el crimen de no crear vida nueva.

FRANCISCO L. PAREDES

Aldeanueva de San Bartolomé.

ME INHIBO

Al obispo de Beja (Portugal), según malas lenguas, le ha dado por la finura de tener íntimos coloquios y místicas manipulaciones con estudiantes de cura jóvenes y bellos, y con curas estetas, también bellos y jóvenes, muy aficionados al arte clásico y varonil (?) que tan alto pusieron los griegos y los romanos.

Los hermanos Ausán, profeso es del seminario de Beja, han publicado un escrito, no sé si con licencia eclesiástica, para probar que el obispo de la diócesis no repara en pelillos con tal de consagrarse á su especialidad erótico-religiosa, que cae de lleno en las *Flores místicas* de EL MOTIN.

Me parece que hacen referencias á Sodoma y á Gomorra los hermanos Ausán en su ilustrativo documento. No está y seguro; pero no vendrían mal esas cosas, tratándose de actos sacerdotales, ya que la Biblia es el origen de nuestra santa religión.

Yo ni entro ni salgo en el negocio. Tantos pecadores hay de esa naturaleza en el bajo clero, que bien puede permitírsele á todo un señor obispo, y «aún más» portugués, el lujo de imitar á sus inferiores, tan en grande como corresponde á su alta jerarquía.

Aquellos polvos traen ahora estos lodos.

Infierno y gloria

De todos los absurdos que á Dios se le han atribuido, ninguno mayor que el de criar millones y millones de hombres condenados á sufrir indecibles tormentos por toda la eternidad.

Si el demonio criara hombres, ¿qué destino peor podría darles?

Un Dios que no perdona nunca; un Dios que castigase con infierno eterno á sus criaturas, sería el mayor monstruo de maldad que la mente humana puede concebir.

¿Y cómo, ese Dios, cuya venganza dicen no se satisface jamás, puede mandar al hombre que perdona las ofensas de su prójimo, cualesquiera que esas sean?

Los mismos que inventaron el infierno, inventaron también la gloria, sin reparar la contradicción en que incurrieran. Un infierno eterno y una bienaventuranza eterna, son dos polos que se rechazan. ¿Qué hombre, prescindiendo de esos inventores, pudiera ser feliz por un momento sabiendo que otros, tal vez su padre, sus hijos, sus hermanos, estaban padeciendo penas eternas? ¿Y cómo pudiera ser feliz ni el mismo Dios, oyendo el estertor de los que se retuercen en eterna agonía?

Acabemos una vez para siempre con tan infernal doctrina, inventada y propagada para intimidar las masas y arrancarles dinero.

Un Dios infinitamente justo no puede imponer al hombre un castigo excesivo: no puede por una ofensa de momento condenarle á sufrir eternamente. Un ser finito no puede hacer nada infinito, ni bueno ni malo. Un castigo infinito sería por lo tanto una injusticia infinita.

Si después de una vida nublada por la duda y sembrada de sinsabores y padecimientos mil; si después de una existencia llena de miserias se nos condenase aún á sufrir penas eternas, tendríamos derecho á quejarnos del Criador que nos ha sacado de la nada. La no existencia es infinitamente mejor que la existencia que nos pinta. El que unos pocos se salven no justifica la creación de millones de millones que se condenen.

R. VEREA

Bibliografía

El derecho electoral.—La importante Casa Editorial F. Sempere y Compañía, de Valencia, que tiene ha tiempo bien cimentado su crédito con la publicación de obras literarias y científicas de indiscutible mérito, ha iniciado recientemente una biblioteca jurídica que promete llegar á ser una de las más valiosas de España por el detenimiento y esmerada con que se forman sus volúmenes.

Primeramente editó la obra *Tribunales Industriales.—Accidentes del trabajo*, que alcanzó gran éxito, en especial entre el elemento obrero, y ahora ha puesto á la venta la titulada *Leyes electorales vigentes*, de la que, como de aquella, son autores los ilustrados publicistas don César Puig Martínez, abogado, y don Lázaro Mascarell Llacer, procurador judicial.

El nuevo libro contiene, además de las disposiciones fundamentales sobre la materia, todas las dictadas últimamente, la jurisprudencia y un extracto de todo ello, que por su sencillez y claridad resulta muy práctico y útil para el período de elecciones. Completan el volumen tres índices, de materias, cronológico y alfabético, con los cuales, y singularmente por el último, se hace facilísimo su manejo.

El tomo *Leyes electorales vigentes*, que consta de cerca de 400 páginas en 4.º, se vende en todas las librerías de España al precio de 2 pesetas en rústica y de 2,50 pesetas encuadernado lujosamente.

Felicitemos á los editores, señores F. Sempere y Compañía, por esta nueva y meritisima biblioteca de legislación.



SECCION AMENA

Sastrería clerical

—Oye, Lucas.
—¿Qué manda usted, mi principal?
—¿Llevaste la cuenta al teniente de San?..
—Sí, señor; pero como si no se la hubiese llevado.
—¿Qué te ha dicho ese?..
—Que se tenga un poco de paciencia, que más pasó Cristo por nosotros; que ahora está un poco escaso de dinero, por que como su ama acaba de dar á luz, entre la confección del equipo para la criatura, gastos de asistencia, comadrón, bautizo, etc., se le ha ido el dinero sin saber cómo.
—¡Dichosos presbíteros! Bien dijo el otro:

Los sastres que traigan á los curas, suelen salir pagando las hechuras.

Pero, calla, que ahí viene D. Sinforoso. ¡Tanto bueno por esta casa! ¡Que sea enhorabuena! Ya he leído que le han nombrado á usted penitenciario de la catedral de X... ¿Qué apostamos á que viene usted á ponerse de tiros largos para ir á tomar posesión? ¡Chico! Saca ese merino que acabamos de recibir y enséñaselo en pieza al señor cura. Buen género, ¿verdad? De abrigo, de color inalterable, y, sobre todo, económico. ¿Qué cuánto? Por el precio no hemos de reñir. Sotana y manteo, ¿verdad? Voy á tomar las medidas. ¿Sabe usted que por esta sotana le debía cobrar doble que por la anterior?

—¿Por qué?
—Porque ha aumentado usted el doble de volumen; ¡qué atrocidad!
—No tengo la culpa. El Señor es quien concede el aumento de carnes.
—¿Y cómo no se las concede á mi dependiente, á pesar de que todos los días lo mando á misa?

—Por que la oírá donde yo la oía cuando era seminarista externo y mis padres me enviaban á ella. ¿Verdad, muchacho? ¿De qué color eran esta mañana las... vamos, las insignias del sacerdote?

El hortera no contesta, pero se esconde en la trastienda más encarnado que un tomate.

—Maestro, ¿cuánto le debo á usted por el pantalón que me ha hecho?
—Ocho duros.
—Los mismos que me debe usted pagar á cuenta de un entierro.
—¿Si no se ha muerto por ahora nadie de mi familia!

—Pero ha matado usted la prenda: allí la tengo de cuerpo presente en casa. No falta más que entonarle los responsos consiguientes y pasarle á usted la cuenta de los honorarios fúnebres.

—Siempre de buen humor, señor cura.

—No lo diría usted si me hubiese visto ayer. Figúrese usted que me fui vestido de pecador á ver mis monjas.

Llego, y tan estrecho me ha sacado usted el dichoso pantalón, que al inclinarme para recoger un escapulario que se había caído á una madre, ¡zas! se des-cose la parte posterior, y ¡toda la comunidad se ha enterado de qué tela son mis calzoncillos! Gracias á un traje talar que tengo de desecho en la sacristía, que si no hasta los perros de la calle hubieran sabido cómo ando de ropa interior.

Estas y otras escenas parecidas son tortas y pan pintado para las que ocurren á los sastres especialistas en el ramo cuando los reverendos se presentan acompañados de sus respectivas amas.

Por ejemplo. Alguna sirviente mística, pero silvestre, se encara con el maestro y le dice:

—«A ver si echa usted buen paño á esa sotana. El de la última fué tan malo, que cuando la desechó mi señor no pude hacerme un mal refajo con ella. ¡Ah! Que no se le olvide á usted guardarme los cuchillos de los pantalones. Este es tan destrozón que todo lo rompe y siempre hace falta andarle echando remiendos.

¿Qué tales serán las latas que dan las amas de presbíteros, cuando un sastre especialista ha cambiado la muestra de su tienda? Antes decía:

Especialidad en trajes para sacerdotes. Y ahora ha cambiado la rotulación en esta forma:

Trajes para toreros. Sin embargo, siguen concurriendo varios presbíteros al establecimiento, lo cual prueba que el sacerdocio no es incompatible con la tauromaquia.

La moralidad eclesiástica

A los señores que gritan contra las escuelas laicas, porque en ellas no se forman luises, *sacris*, ni carcas que los caprichos del cura borregunamente acatan, aunque el amigo les sople, hija ó mujer, si son guapas, les recomiendo que lean el siguiente telegrama que desde Bilbao envían á toda la prensa mala, porque la buena no inserta inmoralidades sacras: «En el pueblo de Nafría hay una mujer casada, religiosa hasta el extremo de que admitía al sotana del pueblo todas las noches, para que la confesara á solas, cuando el marido por asuntos se ausentaba. En un rincón bien oculto una llave colocaba

al objeto de que el cura pudiese entrar á sus anchas. Esta mujer tiene un hijo con un alma endemoniada, y que parece educado en alguna escuela laica, pues en cuanto le dijeron que el cura en su casa entraba, comenzó con gran ahinco á preparar una trampa en el sitio en que su madre la llavecita ocultaba. Después, esperó tranquilo á que el pájaro llegara. Como ladrón cauteloso, en el portal de la casa entró el cura, y en el sitio donde la llave se hallaba, metió la mano anhelante; mas... ¡oh cielos! fue la trampa, con rapidez y con fuerza cogió la mano sagrada. Al verse el *páter* cogido, de furor patea y rabia, en tanto que el ingenioso niño, al vecindario llama, el cual acude contento á ver la fiera cazada, lo que provoca la risa y da materia á la chanza. Cuando se cansaron todos de contemplarle á sus anchas, lo dejaron que se fuera; mas á la otra mañana, desde el púlpito maldijo á los que en la escuela laica educación recibían, pues que no les enseñaban ni á respetar á los clérigos ni moralidad ni nada. Esto provocó las justas iras de aquel pueblo en masa, que al cura tiene sitiado para darle, cuando salga, contestación contundente por sus soeces palabras.» Suplico á los liberales que el transcrito telegrama lo envíen á cuantos gritan contra las escuelas laicas, por si alguno se convence de que la moral sagrada, es que no se peca nunca cuando se viste sotana, bien se deince en el sexto, ó en el nono, si el a es guapa.

ZAPETO DE ANTIKARIA

Entró un soldado en una iglesia durante un sermón, y viendo una silla desocupada, se sentó en ella. Antes de concluirse la plática, se acercó al soldado la alquiladora de las sillas, y le pidió un real.

—¡Un real!—exclamó el soldado.—¿Le parece á usted, señora, que estaría yo aquí si tuviera un real?

Cosas de chicos.

—Dí, mamá: ¿por qué me haces besar la mano á D. José siempre que viene á casa?

—Hijo mío, porque á los curas tenemos que besársela todos.

—Entonces, ¿por qué te la besaba á ti el otro día?



Los crímenes del Carlismo

(CONTINUACIÓN)

neral? Le pregunté. «De Dorregaray, contestó; que por última vez os entreguéis, que aún hay perdón.» «Diga usted á Dorregaray, le contesté, que nos va ya fastidiando, que no sea tan molesto, y que estamos decididos á morir.»

Esta contestación fué aplaudida por todos los voluntarios.

Jarauta se retiró, y haciéndose por ambas partes algunos disparos de fusil, y por la del enemigo muchos y groseros insultos, que no quedaban sin contestación, si bien en frases más decentes, continuamos hasta las cuatro de la mañana, sin otro incidente que haber sentido en las casas inmediatas al Fuerte ruidos, golpes como para horadar la pared; y efectivamente, no nos engañamos, puesto que ya amanecido se nos hizo un disparo de cañón, que vimos procedió de una tronera que al efecto habían construido en un pajar, á distancia de cien metros.

Inmediatamente dispusimos que cuatro voluntarios se ocupasen en apagar los fuegos de la mencionada tronera, lo que se consiguió, no sin haber sufrido el Fuerte hasta seis disparos en el tiempo de una hora, poco más ó menos, durante la cual siguió haciéndose fuego de fusilería por ambas partes.

En la imposibilidad de continuar ofendiéndonos desde el mencionado pajar y con el referido cañón, por los ciertos disparos que á la tronera se les dirigían, trataron de formar á la izquierda del pajar, y á cuerpo descubierto, una barricada con sacos de tierra, lo que tampoco pudieron conseguir por los ciertos fuegos del Fuerte, habiendo, si, tomado posiciones en varias ventanas, desde las que seguía el fuego de fusilería y utilizando al efecto los colchones de nuestras casas.

Entre siete y media y ocho de la mañana se presentaron nuestras familias, de orden de Dorregaray, cerca del Fuerte, intimándonos á nombre de aquél que nos rindiésemos. No habían concluido de hacernos la proposición, cuando las intimamos á que se retrasen, viéndonos en la dolorosa necesidad de preparar nuestras armas contra seres tan queridos para conseguirlo.

A las ocho principió el enemigo á arrojar botellas de petróleo, paja y otras materias combustibles, empapadas en dicho líquido, á un tejado; viendo no producían el efecto que deseaban, las arrojaron también por dos ventanas del Fuerte.

En tan apurada situación procedimos á destruir el altar mayor, tribunas de la iglesia y entarimado. ¡Vano empeño!

Pues si fácil nos fué destruir las tribunas y parte del altar mayor, nos fué imposible de todo punto destruirlo todo, y mucho menos el entarimado de la iglesia, puesto que, careciendo de útiles, siendo corto el número de hombres y muchos los puntos que cubrir para contestar á los fuegos que á distancia ya de dos metros, y desde troneras, se nos hacía de las casas que casi tocaban al Fuerte, continuando la lluvia de petróleo que de un momento á otro iba á hacer que ardiese el edificio, sintiendo además un ruido sordo casi bajo nuestras plantas, señal inequívoca de que había tres minas, una en dirección á la torre, otra al centro de la iglesia y la tercera á la derecha; y para que nuestra desdicha fuese mayor, se volvieron á presentar por dos ó tres veces nuestras madres, hijos, esposas y hermanas, una de ellas acompañada de Dorregaray, quien desde un balcón nos mostró un pañuelo blanco, sin descubrir el cuerpo, sin duda por prudencia.

Entonces, Ilmo. Sr., ante seres tan queridos y en la seguridad de morir *sin poder matar*, entró el desaliento entre algunos y sonó la palabra *capitulación*.

¡Era la una de la tarde! A esta hora se principió á discutir si se habían apurado ó no todos los medios de defensa; la mayor parte convino en que sí; pero en lo que hubo variedad de pareceres fué en la muerte que debíamos de elegir, si quemados en la iglesia, ó sepultados al reventar las minas, ó fusilados, como irremisiblemente lo esperábamos, puesto que jamás creímos en la palabra del infame Dorregaray. Tan grave cuestión se fió á la ley de la mayoría, se procedió á solemne votación, y siendo 62 los votantes, 32 optaron por rendirse y 30 por morir quemados.

Nuestro corneta dió la señal de alto el fuego!, que repetida por otros del enemigo, cesó por ambas partes. Entonces el que suscribe oyó voces en el Fuerte que le indicaban fuese á conferenciar con Dorregaray, y cumplí tan doloroso deber.

Sin darme cuenta de lo que me hacía, sin levita ni kenis y descalzo, me presenté al cabecilla Dorregaray; sé que al entrar lo hice muy excitado y faltando á la educación. Entonces Dorregaray, con risa sarcástica, me excitó á que tomase asiento y me calmase; y no habían transcurrido dos minutos, cuando entraron en la misma habitación nuestro jefe D. Joaquín Iriarte y el cabo Bartolomé Apesteguía y su hermano el voluntario Román Apesteguía, contuso en un pie de bastante gravedad, por haberle caído un trozo de madero al querer derribar el altar.

Dorregaray, dirigiéndose al que suscribe, á pesar de ser Iriarte jefe superior, le dijo expusiese el objeto de la entrevista; le manifesté que, aunque muchos, y yo entre ellos, habían optado por seguir defendiéndose, una mayoría de votos había acordado lo contrario, y que íbamos á pedir condiciones para rendirnos.

Me mandó formularse las que queríamos, y lo hice en los términos siguientes:

- 1.º Respeto á nuestra vida y libertad.
- 2.º Igual respeto á nuestra propiedad y familias, incluso los efectos que en el Fuerte teníamos.
- 3.º Que teniendo 60 armas del gobierno, las entregaríamos con las municiones que en el Fuerte había; pero que esperábamos dejase algunas escopetas de caza.
- 4.º Que á un soldado de infantería del regimiento de Sevilla, y otro que había desertado de las filas carlistas y se hallaban en el Fuerte, se les había de incluir en la capitulación.
- 5.º Que comprendiendo la predisposición que contra mí había en el pueblo, como igualmente contra mis amigos D. Joaquín Iriarte y D. Justo Cerio, tanto los tres, como cualquiera otro de los voluntarios, debían ser acompañados por fuerza suficiente hasta puerto seguro, eligiendo el que suscribe el pueblo de Larraga, para desde allí pasar á Tafalla.

Estas fueron las condiciones que formulé; y como añadiese el voluntario Román Apesteguía que algunos tenían necesidad de quedar en su casa para mantener las familias, y que tenían fuesen insultados, le contestó Dorregaray: «Nada tema usted; daré órdenes oportunas y castigaré severamente al que siquiera de palabra se atreva á molestar á ustedes.»

Todo esto, Ilmo. Sr., ocurrió á presencia de varios carlistas, entre ellos don Jesús María Iribas, de Tafalla, amigo y pariente de Iriarte.

El infame Dorregaray, con una condescendencia que me hizo mucho daño por lo mismo que tanto me extrañaba, accedió á ello sin la menor objeción, diciéndome sólo que su soldado desertor tenía que sujetarse á un Consejo de guerra, pero que él se comprometía á interceder con el ministro de la Guerra, para que no fuese castigado con el rigor de la ordenanza. No se habló más de capitulación.

Iribas dijo á Iriarte que había visitado y consolado á su familia; Dorregaray expresó su sentimiento por los robos que en nuestras casas se habían cometi-

(Continuará.)

(FOLLETÓN 50.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

POR
OFFENBACH

de pasos y voces en la calle; asómanse precipitadamente al balcón; ven buen golpe de gente que rodeaba é invadía la entrada de la casa; tórnanse y corren á la escalera; y al llegar se quedan, como heridas del rayo, transidas de espanto y de dolor. Un gran paño rojo, una muleta cubriendo un cuerpo que cuatro hombres subían cuidadosamente y un tropel de amigos ó curiosos acompañaba, habíales hecho comprender al punto que el marido de la una y padre de la otra venía allí herido, acaso moribundo, tal vez ya muerto.

—Nada, no es nada, un poco lastimado nada más, dijo el que dirigía, y añadió: «la cama, una cama para acostarlo»; mientras impedía que se acercasen las dos mujeres que, gritando y sollozando, se habían lanzado ya escalera abajo.

Ellas entonces volvieron atropelladamente atrás á preparar la cama; y aquel sencillo, pero solemne cortejo, que el vivo color de la muleta hacía extrañamente brillante y sombrío á un mismo tiempo, continuó lentamente hasta el piso con que el torero se alojaba. Y aunque desde luego había de alcanzársele á cualquiera que allí se encubría algo sangriento, era preciso estar en España y ser español para caer pronto en la cuenta de que bajo aquel manto de grana no yacía un soldado ilustre mal herido ó muerto de un balazo en la frente, sino un matador de toros cojido tal vez por el trasero, que era lo que entonces sucedía, pues al saltar la valla el matador había sido alcanzado y ayudado por la fiera que, cojiéndole por entre las piernas, lo plantó en el callejón y por poco no lo tiende en el tendido, dejándole desgarradas y mondadas las partes adonde había llegado con el cuerno.

La cojida era, por tanto, tremenda y grave. Y, sin embargo, unas semanas después, remendado y cosido ya todo lo roto, el torero se paseaba por la casa vestido simplemente de una camisa bien almidonada y hueca para que nada pudiese llegarle al cuerpo por la herida ni alrededores de ella. Y cuando, antojándosele de repente á aquel fogoso temperamento masculino hacer sentir su apetito, disten-

día los tejidos del caso, era de ver el espectáculo de aquel hombre que, sin más ropa que una especie de miriñaque al cuello, corría, saltaba y bramaba de dolor, al par que definía y comentaba su propia facha y grotesca situación con unas ocurrencias y una sal que hacían desternillar de risa á los presentes.

De tal modo turnan y se mezclan en ese oficio lo bufo y lo dramático. Así es como los rasgos de ingenio más donoso, y los más grandes y mejor llevados sufrimientos, que tienen origen muchas veces en un nobilísimo sentimiento del deber ó en actos de la más valerosa y generosa abnegación, vienen generalmente á desvirtuarse y perderse nada más que en «juerga» y en chacota. Así es como tan trágicos sucesos, lejos de dar las saludables, aunque tristes, enseñanzas que tras sí deja una emoción profunda y aflictiva, no hacen por lo común sino desmoralizar más á unas gentes que, una vez remediado el peor daño ó pasado el mayor peligro, se entregan con renovado vigor á la alegría, la broma y el desorden que constituyen su habitual manera de ser y de entender la vida.

Ahora bien, es de advertir que todo esto, aunque se toma y tiene por andaluz, no es más que gitano, que es cosa muy diferente y aún contraria, puesto que lo gitano deprime lo español, mientras que lo andaluz más bien viene á realzarlo.

Nunca olvidaremos la primera ocasión en que caímos en la cuenta de lo que de lo andaluz se distingue y aparta lo gitano. En tiempo de verano íbamos navegando una vez por la costa meridional de España; acababa de ponerse el sol, y aunque, sobre todo en aquellas costas el aspecto del orto es imponente y el del ocaso risueño, como si al sol pluviese más dejar de ver que venir á presenciar lo que en España ocurre; aquella tarde, una gran nube espesa y baja, extendida horizontalmente, y otras que, como para sostenerla, se alzaban en columna hasta ella, todas tintas por el lado de dentro de un color rojo vivísimo, asemejaban la parte superior de un palacio colosal, templo de alguna deidad terrible, interiormente iluminado del siniestro resplandor de una conflagración inmensa. Era como si, al hundirse por allí, el sol hubiese descendido á los infiernos.

Extasiados contemplábamos y admirábamos el grandioso panorama; el paisaje maravilloso hecho por la Naturaleza, con sólo unos nubarrones

y un poco de luz, cuando vino á sacarnos de nuestro arrobamiento una hermosa voz de tenor que con grande afinación y mucho arte entonaba esta canción:

A la piedra más profunda
que tiene el mar en su centro
he de retirarme yo
á llorar mi sentimiento.

Canción que revela el certero instinto que un hondo dolor infunde, puesto que lleva al ignorante poeta cortijero á dar con el sitio más apartado y silencioso del planeta: esa piedra situada en las mayores profundidades del mar donde efectivamente no hay ya ruido, vida, luz ni movimiento.

A ser de mujer, aquella voz habríanos parecido de sirena. No tardamos en satisfacer la natural curiosidad, y hallamos que quien cantaba era nada menos que el sevillano Santamaría, uno de los mejores, y seguramente el más fino «cantaor» de aquellos tiempos (comenzar del último tercio del pasado siglo), con el cual hicimos entonces conocimiento, y al par, por medio de él, hicimoslo con el verdadero canto andaluz, que desconocíamos (aunque estábamos en otra inteligencia); pues aquel hombre peludo y bigotudo que, cuando cantaba parecía un ángel, á diferencia de los afeitadísimos «cantaores» y «tocaors» de los oles, las palmas, los jipíos, el palito con que llevan el compás y el pantalón con que se presan el trasero, de un golpe nos hizo ver cuánto distaba del «cante» genuinamente andaluz el que nosotros habíamos conocido en los lugares inmundos ó aceitosos donde ordinariamente se exhibe lo flamenco.

Lo peor del caso está en que, como al principio dejamos indicado, por esa confusión de cosas diferentes, lo flamenco ó gitano ha invadido todo el país, ha contaminado todas las clases sociales; y aunque se marque más que en ningún otro ejercicio ú ocupación en el toreo, existe no menos efectivamente y con mayor daño en la política, en la gobernación y en toda la vida del país.

Gitanescamente, pues, son conducidos y tratados en aquella monarquía todos los asuntos, lo mismo los particulares que los públicos. Y en todos ellos hay muy poco de irse á la cabeza del toro, y entrar por derecho y defenderse con el estoque (toreo andaluz); y mucho de mano izquierda, y echarse á un lado y volver la cara (toreo gitano). Cada cual se cree